

Rabindranath Tagore

Entrevisiones de Bengala

INTRODUCCIÓN A LA EDICIÓN INGLESA

Las cartas traducidas para este libro fueron escritas en el período más fecundo de mi vida literaria, cuando, gracias a mi buena suerte, yo era joven y poco conocido.

En posesión de una juventud exuberante y con mucho tiempo libre, yo pensaba que el escribir cartas, aparte de las de negocio, era una deleitable necesidad. Es esta una forma literaria poco frecuente, sólo posible cuando un exceso de pensamiento y de emoción se acumula. Otros géneros literarios continúan perteneciendo al autor aunque se hagan públicos; las cartas, que han sido entregadas para siempre a individuos particulares, se caracterizan por el abandono más jeneroso y llegan a olvidarse.

Pero he aquí que los fragmentos seleccionados de un gran número de cartas volvieron a mí bastantes años después de ser escritas. Alguien pensó, acertadamente, que me encantarían por traerme a la memoria el recuerdo de días pasados cuando, en la sombra de la ineditéz, gocé de la libertad más grande que ha conocido mi vida.

Como estas cartas están sincronizadas con una parte considerable de mis obras publicadas, creí que un curso paralelo ampliaría el entendimiento de mis poemas por los lectores, como se ensancha un camino al ser pisado repetidas veces. Acaso ésta fue la justificación que yo encontré para ser éstas publicadas en libro por mis paisanos. Después, esperando que las descripciones de las escenas en pueblos de Bengala, contenidas en estas cartas, también serían de interés para los lectores ingleses, accedí a la traducción, de un grupo de cartas escojidas de dicha selección, encargando la tarea a la persona que considero más adecuada para realizarla entre todas las que conozco.

RABINDRANATH TAGORE

20 junio 1920.

BANDORA, junto al mar.

Octubre de 1885.

Este mar libre que contemplo, bulle, rebulle y blanquea en radiante espuma. Me hace pensar en algún monstruo atado, que tirara de sus ligaduras con esfuerzo, frente a cuyas quijadas, abiertas de par en par, edificáramos nuestros hogares, en la orilla, y le miráramos azotar el rabo revolviéndose. ¡Qué inmensa fuerza contenida, con olas que se hinchan como los músculos de un gigante!

Desde el principio de la creación ha existido esta pugna entre la tierra y el agua. La tierra firme, lenta y silenciosamente, añadiendo palmos a su dominio y tendiendo su pecho, más y más ancho cada vez, para sus hijos; el océano retrocediendo, paso a paso; rujiendo, sollozando y golpeándose el tórax desesperadamente.

Acuérdate que el mar fue una vez el único monarca, libre de todo. La tierra surgió de su vientre y usurpó su trono. Desde entonces, el pobre viejo enloquecido, con blancas guedejas de espuma, jime y se lamenta continuamente, como el rey Lear, espuesto a la furia de los elementos.

Julio 1887.

Estoy en el año veintisiete de mi vida. Este hecho no se aparta nunca de mi pensamiento; parece que no hubiese ocurrido otra cosa últimamente.

Pero llegar a los veintisiete años ¿es cosa leve? ¿Es suceso baladí pasar el meridiano de los veinte y caminar hacia los treinta? Treinta —es decir, la madurez— la edad de la que se espera sabrosos frutos más bien que verde follaje. Pero ¡ay!, ¿dónde está el fruto prometido? Al sacudir mi cabeza la siento rebosante de regocijada frivolidad, sin un solo rastro de filosofía.

La jente empieza a quejarse:

«—¿Dónde está lo que esperábamos de ti? ¿Aquello que parecía apuntar en el suave brote verde? ¿Hemos de soportar la inmadurez para siempre? Ya es tiempo sobrado de que sepamos lo que hemos de recibir de ti. Queremos una tasación justa de la porción de aceite que el crítico, de ojos vendados que da vueltas al molino y que es imparcial, puede sacar de tu cosecha».

Ya no es posible engañar a esta jente para que espere con expectación más tiempo. Mientras fui de menor edad, confiadamente me dieron su crédito; es triste desilusionarlos ahora que estoy al borde de los treinta. ¿Pero qué he de hacer? ¡Las palabras de la sabiduría no me llegan! Soy del todo incompetente para producir esas cosas que puedan ser alimento espiritual para la multitud. Más allá de un trozo de canción, alguna leve charla, algún lijero pensamiento, no he podido avanzar. Y, como resultado, los que tuvieron altas esperanzas volverán ahora su ira contra mí; pero ¿les pidió alguien, alguna vez, que alimentaran estas grandes esperanzas?

Estos son los pensamientos que me asaltan desde que una hermosa mañana de *Bysakh* desperté, entre la brisa fresca y la explosión de luz, con nueva hoja y flor para cerciorarme de que había entrado en mi año veintisiete.

SHELIDAH, 1888

Nuestro barco-hogar está amarrado en un arenal de la ribera oriental del río. Por este lado, una vasta superficie de arena fina se estiende hasta perderse de vista por todas partes. Aquí y allá queda interrumpida por un ramal, que parece de agua, que corre a través del arenal; aunque algunas veces lo que reluce como agua es solamente arena.

Ni una aldea, ni un ser humano, ni un árbol, ni una brizna de yerba; los únicos cortes que se producen en la monótona blancura son grietas bostezantes que muestran, en ciertos sitios, la capa húmeda de arcilla negra que hay debajo.

Mirando hacia el Este, hay un infinito azul alto y un infinito blanco abajo. El cielo vacío, la tierra vacía también —la vaciedad de abajo dura y estéril, la de arriba arqueada y etérea—; difícilmente podría uno encontrar en otra parte un cuadro de tan desnuda desolación sin nombre.

Si miramos a poniente, encontramos el agua del río, en la apacible curva sin corriente, y la otra orilla bordeada de una alta ribera. Hasta bien arriba de ella se estienden

los bosques de la aldea con unas casitas que se asoman casi humanamente; todo como un sueño trasparente a la suave luz del atardecer. Digo «a la suave luz del atardecer» porque es a la caída de la tarde cuando salimos a pasear, y por ello este aspecto es el que se me queda grabado en el pensamiento.

SHAZADPUR, 1890

El magistrado estaba sentado en el balcón de su tienda dispensando justicia a las jentes que esperaban su turno a la sombra de un árbol. Posaron mi palanquín bajo sus mismas narices y el joven inglés me recibió cortésmente. Tenía el pelo muy claro, con algunos mechones más oscuros, y un bigote que comenzaba a caerse. Se le podía haber tomado por un anciano de pelo blanco de no haber sido por su cara perfectamente juvenil. Le invité a cenar, pero me dijo que ya estaba comprometido en otra parte para una cacería de jabalíes.

Al volver yo a casa, grandes nubes negras se levantaron y hubo una terrible tormenta acompañada de lluvia torrencial. No me era posible tocar un libro; inútil intentar escribir; así es que, en aquel estado de ánimo indeciso, vagaba de una habitación a otra. Se había puesto muy oscuro, el trueno clamaba continuamente, el relámpago brillaba, destello tras destello, y de cuando en cuando repentinas ráfagas de viento agarraban el gran árbol de *lichí* por el cuello y le daban a su desmelenada copa una tremenda sacudida. La hondonada que había enfrente de la casa se llenó bien pronto de agua. Mientras yo andaba de una parte a otra, se me ocurrió, de repente, que debía ofrecer el albergue de mi hogar al magistrado.

Le mandé la oportuna invitación; luego, después de hacer indagaciones, encontré que el único cuarto libre estaba completamente inutilizado: una plataforma de tablas colgaba del techo en la que se amontonaban colchas, almohadones viejos y sucios, trastos de criados, una estera escesivamente mugrienta y pipas de tabaco; dos revueltos arcones de madera cubrían el suelo además de otros varios baúles llenos de las más variadas inutilidades: una tapa de cafetera enmohecida, una estufa de hierro sin fondo, una tetera vieja de níquel mohoso, un plato sopero lleno de melaza ennegrecida por el polvo... En un rincón había un barreño para lavar la vajilla y de la pared colgaban paños húmedos de secar platos y la librea y el gorro del cocinero. El único mueble era un tocador en tenguereñgue, con manchas de agua, manchas de leche, manchas de aceite, manchas negras, pardas y blancas: toda suerte de manchas mezcladas. El espejo, sin marco, descansaba sobre otra pared y en los cajones se amontonaban heterojéneos enseres: desde sucias servilletas hasta alambres de botellas. Todo revuelto y empolvado.

Por un instante, me sentí vencido por el desaliento; luego fui poseído de una vertiginosa movilización: mandé por el mayordomo, requerí al tendero, llamé a los criados, busqué peones, traje agua, subí y bajé escaleras, preparé las ropas de cama, recojí los cristales rotos, pedacito por pedacito, arranqué los clavos de la pared uno por uno. De pronto, un candelabro se cayó y sus trozos se esparcieron por el suelo; armado de paciencia, tuve otra vez que recojer pedazo por pedazo. Yo mismo arranqué la estera sucia del suelo la tiré por la ventana; desalojé una horda de cucarachas, desagradables compañeras de mesa que se comían mi pan, mi melaza y el betún de mis zapatos.

Al fin llegó la respuesta del magistrado: su tienda estaba en un estado imponente, así es que vendría en el acto.

—¡De prisa! ¡De prisa!

Muy poco después se oye el grito: «El sahib ha llegado». Todo apurado me cepillé el polvo del pelo, de la barba, del resto de mi persona y, al ir a recibirlo en el salón, intenté parecer decente, como si hubiera estado descansando cómodamente toda la tarde.

Cumplí con los deberes de la hospitalidad al recibir a mi invitado y conversé con el majistrado esteriormente sereno; sin embargo, enojosas dudas en cuanto a su acomodamiento me mortificaban, de vez en cuando, por dentro. Cuando al fin tuve que mostrarle a mi huésped su habitación, la encontré aceptable y, si las cucarachas sin hogar no le hacen cosquillas en las plantas de los pies, puede que se las arregle para descansar esta noche.

KALIGRAM, 1891

Me siento despreocupadamente cómodo y encantadoramente irresponsable.

Este es el estado de ánimo jeneral que domina por estos contornos. Hay un río, pero no tiene corriente que merezca la pena de nombrarse, y arrebuado gustosamente en su colcha, de yerbajos flotantes, parece pensar: «Puesto que es posible pasar sin la menos prisa ¿por qué he de ajetrearme?». Así pues el légamo que forman sus orillas apenas conoce el movimiento hasta que vienen los pescadores y lo ajitan con sus redes.

Cuatro o cinco barcos, de buen tamaño, están amarrados cerca, unos junto a otros. Sobre la cubierta de uno de ellos, uno de los barqueros duerme tranquilamente, envuelto en una sábana de la cabeza a los pies. En otro, el barquero —también regodeándose en el sol— retuerce calmoso un poco de cáñamo para hacer una cuerda. En la cubierta inferior de un tercero, un individuo desnudo, algo entrado en años, se apoya en un remo mirando distraído nuestro barco.

Por la ribera se mueven varias persianas, pero nadie puede adivinar porque van y vienen, con el más lento de los pasos ociosos, o permanecen en cuclillas abrazando sus rodillas, o se quedan embobados sin saber qué miran en la lejanía.

Las únicas señales de actividad se observan en los patos, quienes, graznando clamorosamente, se chapuzan de golpe y salen inesperadamente arriba de nuevo para sacudirse el agua con igual enerjía: como si repetidamente intentaran explorar los misterios que existen bajo la superficie y, cada vez, sacudiendo las cabezas, tuvieron que informar: «¡Nada aquí! ¡Nada aquí!».

Las doce horas del día las pasan aquí todos descansando plácidamente al sol y silenciosamente; las otras doce se las pasan dormidos, envueltos en el manto de la oscuridad. La única cosa que quiere uno hacer, en un sitio como éste, es mirar y mirar el paisaje meciendo sus fantasías de aquí para allá, tal vez tarareando una melodía invernal, con la espalda vuelta al sol, como se mece y canta a un niño hasta dormirlo.

KALIGRAM, 1891

Ayer, mientras recibía a mis colonos, se presentaron cinco o seis muchachos en fila, muy tiesos y correctos, ante mí. Antes de que yo pudiera hacer pregunta alguna, el que hablaba en nombre de los demás, en el lenguaje más escojido y altisonante, comenzó: «Señor, la gracia del Todopoderoso y la buena suerte de tus desgraciados hijos, ha traído, una vez más, la presencia venturosa de vuestra escelencia a esta localidad».

Siguió en este tono casi media hora. Aquí y allá se equivocaba en la lección; se detenía, miraba al cielo, se corregía y luego seguía de nuevo. Saqué en claro que faltaban

bancos y banquetas en su escuela. «Por falta de estos asientos de madera —siguió salmodiando—, no sabemos donde sentarnos, donde sentar a nuestros reverendos maestros, ni que ofrecer a nuestro más respetado inspector cuando viene de visita».

Me era imposible intentar reprimir una sonrisa ante este torrente de elocuencia brotando de un pequeño tan diminuto; elocuencia que sonaba fuera de lugar aquí donde los naturales tienen costumbre de espresar sus necesidades más profundamente vitales en el dialecto claro y directo del lugar; en el que las palabras menos corrientes se les enredan lamentablemente hasta perder su sentido. Los empleados y naturales, sin embargo, parecieron tremendamente impresionados y también envidiosos, como si deplorasen la omisión de sus padres en no dotarles de tan espléndido medio para apelar al *Zamindar*.

Interrumpí al joven orador, antes de que hubiese terminado, prometiendo arreglar las cosas para que hubiera el número de bancos y banquetas necesarios. Sin achicarse, me dejó decir lo que yo deseaba y luego ensartó, de nuevo, su discurso donde lo había dejado, lo terminó hasta su última palabra, me saludó profundamente y se marchó con todo su acompañamiento. Probablemente no le hubiera importado que yo me negara a facilitarles los asientos, pero, después de todo el trabajo que le había costado aprenderlo de memoria, se hubiese resentido amargamente de haberle robado la más pequeña parte de su discurso. Así es que, aunque esto hiciera esperar otros asuntos más importantes, tuve que escucharlo hasta el fin.

Acercándonos a SHAZADPUR.

Enero de 1891.

Abandonamos el pequeño río de Kaligram, perezoso como la circulación de un moribundo, y nos dejamos llevar por la corriente de otro río que fluía rápido, llevándonos a una rejión en donde la tierra y el agua parecían fundirse una en otra, río y orilla confundidos, sin distinción de trajes, como hermano y hermana en una infancia gozosa.

El río perdió su capa cenagosa, esparció su corriente en muchas direcciones y se extendió finalmente en una marisma, con algún médano de tierra yerbosa emergiendo, aquí y allá, en un tendido de agua transparente; esto me recordaba la juventud de nuestro globo cuando, por entre las aguas sin límites, la tierra acababa de empezar a levantar la cabeza y las extensiones sólidas y líquidas aún estaban sin definir.

Alrededor de donde está anclado nuestro barco, se ven plantados los palos de bambú de los pescadores. Los pájaros vuelan cerca dispuestos a huir con el pescado robado en las redes. Sobre el fango, al borde del agua, están posadas ciertas aves con aire de santos meditabundos. Abunda toda suerte de pájaros acuáticos. Aquí y allá, arrozales sin trabajar, sin atender, se levantan del húmedo suelo arcilloso^[1]. Los mosquitos pululan sobre las aguas tranquilas...

Salimos, de nuevo, al alba de esta mañana, y pasamos por Kachikata, donde las aguas limosas de la marisma encuentran salida por un canal sinuoso, de unas seis o siete yardas de ancho solamente, por el cual se precipitan rápidamente. El pasar nuestra casa-barco, de difícil manejo por tan angosto espacio, es verdaderamente una aventura. La corriente la empuja hacia adelante a paso de relámpago, dando harto quehacer a la tripulación que emplea sus remos como palos para impedir que el barco sea arrojado contra las orillas. Así salimos otra vez al río abierto.

El cielo había estado densamente nublado; soplaban un viento húmedo, con arrebatos

de lluvia, de cuando en cuando. Toda la tripulación temblaba de frío. Días tan mojados y lóbregos, en la temporada invernal, son eminentemente desagradables; he pasado una mañana miserable y mortecina. Pero a las dos de la tarde salió el sol y, desde entonces, todo fue delicioso. Las riberas surjieron altas y cubiertas de apacibles bosques; las moradas de los hombres aparecían casi escondidas pero llenas de belleza.

El río parece retorcerse en una y otra dirección; con una corrientilla, desconocida en el *zenana* más interior de Bengala, ni perezosa ni molesta; por ambas partes, nos regala el río el lírico tesoro de su afecto, la charla de comunes goces y pesares con las noticias caseras de las muchachas aldeanas que vienen por agua y se sientan a su lado, asiduamente, frotando sus cuerpos con húmedas toallas hasta darles una grata frescura encendida.

Al anochecer, hemos amarrado nuestro barco en un recodo solitario. El cielo está claro. La luna está en su plenitud. No se ve ningún otro barco. La luz de la luna reluce, reflejada en las ondas. La soledad reina en las orillas. La aldea distante duerme, anidando entre una espesa orla de árboles. El agudo y sostenido chirriar de las cigarras es el único ruido del contorno.

SHAZADPUR.

Febrero de 1891.

Justamente enfrente de mi ventana, al otro lado del río, una familia de jitanos se ha asentado levantando sus marcos de bambú cubiertos de esteras multicolores o de trapos. No hay más que tres tiendas de estas estructuras, tan bajas que no podían sus moradores ponerse de pie dentro de ellas. La vida la hacen al aire libre; sólo se meten a rastras, bajo estos cobijos, por la noche, para dormir hacinados.

Así es siempre el modo de vivir de los jitanos; sin hogar en ninguna parte, sin casero a quien pagar renta, vagando a su antojo con sus hijos, sus cerdos y un perro o dos; y sobre ellos, también permanente, el ojo vigilante de la policía.

A menudo observo las cosas que hace la familia más cercana a mí. Son morenos, atractivos, con hermosos cuerpos de contestura fuerte como campesinos del noroeste. Sus mujeres son bellas y tienen figuras altas, esbeltas y bien hechas; sus movimientos son libres y fáciles y su aire natural e independiente; a mí me parecen inglesas trigüeñas.

El hombre acaba de poner la olla al fuego; ahora parte cañas de bambú y teje cestos. La mujer primero levanta un espejito hasta su cara, luego se da mucho trabajo en secarlo y frotarlo, una vez y otra, con un paño mojado; luego de haber ajustado y aderezado bien los pliegues de su vestido, va, toda compuesta, adonde está su hombre y se sienta a su lado, ayudándole, de vez en cuando, en su tarea.

Son realmente hijos del suelo, nacidos sobre la tierra en alguna parte, criados junto al camino, aquí, allá y en todas partes, viviendo y muriendo donde pueden. Noche y día, bajo el cielo abierto, al aire libre, sobre el suelo raso, llevan una especie de vida única; y sin embargo allí lo tienen todo: trabajo, hijos y deberes caseros.

No están ociosos un solo momento; siempre hacen algo. Una vez terminado su propio trabajo, una mujer se repantiga en el suelo, detrás de otra, le suelta el moño de sus cabellos y se lo limpia, peina y al mismo tiempo se ponen a hablar de sus asuntos domésticos; no puedo saber el tema de la conversación con seguridad desde esta distancia, pero suspicazmente lo adivino.

Esta mañana una gran agitación conmovió el apacible aposentamiento de los jitanos.

Serían las ocho y media o las nueve. Estaban tendiendo sobre las techumbres de estera colchas harapientas y toda clase de pingajos, que les sirven de camas, a fin de darles sol y aire. Los cerdos, con sus camadas, echados en una hondonada, sembrando un buen manchón de barro, habían sido desalojados por los miembros caninos de la familia, que cayeron sobre ellos y los enviaron, al azar, en busca de sus desayunos, gruñendo su enfado de ser interrumpidos en su disfrutar del sol tras la noche fría. Yo estaba escribiendo mi carta y distraídamente mirando hacia fuera, de vez en vez, cuando la algazara comenzó de improviso.

Me levanté, fui a la ventana y vi a un grupo de jente que se reunía en torno de la casa gitana. Un personaje de aspecto superior estaba esgrimando un palo y dando rienda suelta a un lenguaje fuerte y subido de tono. El jefe de los jitanos, acobardado y nervioso, estaba intentando, aparentemente, ofrecer explicaciones. Yo saqué en claro que algunos acontecimientos sospechosos ocurridos en la localidad habían hecho necesaria esta visita de un agente de policía.

La mujer, hasta ahora, había permanecido sentada, muy ocupada en raspar tiras de bambú partido, tan serenamente como si hubiera estado sola y no se hubiera estado desarrollando a su alrededor escándalo alguno. De repente se puso de pie de un salto, se adelantó hacia el policía, jesticuló violentamente con sus brazos en la misma cara de él y le dijo, en el tono más estridente, lo que le vino en gana. En un abrir y cerrar de ojos se redujo las tres cuartas partes del enojo del agente; intentó contestar una o dos palabras de protesta blanda, pero no se le dio ocasión y así partió, con la cabeza baja, todo un hombre cambiado.

Después de haberse retirado a distancia segura, se volvió y gritó a todos:

«¡No digo más sino que tendréis que largaros de aquí!».

Creí que mis vecinos de enfrente recojerían en el acto sus esteras y bambúes y se marcharían con sus hatos, sus cerdos y sus hijos. Pero no hay señal de ello todavía. Siguen aún despreocupadamente atareados en partir bambúes, en guisar o en completar su arreglo personal.

SHAZADPUR.

Febrero de 1891.

La estafeta de correos está en un extremo de las oficinas de nuestra finca; esto es muy cómodo porque recibimos nuestras cartas en cuanto llegan. Algunas noches sube el encargado de correos a charlar conmigo. Me gusta escuchar sus mentiras. Habla de las cosas más imposibles de la manera más seria.

Ayer me contaba cuánta devoción siente la jente de esta localidad por el sagrado río Ganjes. Si alguno de sus parientes muere —dijo— y no tienen medios de llevar sus cenizas al Ganjes, pulverizan un pedazo de hueso de su pira funeraria y lo guardan hasta tropezar con alguien que en algún otro tiempo haya bebido del Ganjes. A éste le administran un poco de este polvo, escondido en la ofrenda corriente de *pan*^[2], y así se contentan imaginando que una parte de los restos de su difunto deudo ha logrado contacto purificador con el agua sagrada.

Yo, sonriente, le hice observar que aquello seguramente debía ser una invención.

Él meditó profundamente antes de contestar después de una pausa: «Sí, puede ser, pero es una invención hermosa».

En camino.

Febrero de 1891.

Hemos pasado los ríos grandes y acabamos de entrar en uno pequeño.

Las aldeanas están de pie en el agua, bañándose o lavando ropa; algunas en sus *saris* goteantes, con los velos bien echados sobre las caras, se van hacia sus casas con las vasijas llenas de agua apoyada sobre el lado izquierdo y jugando libremente el brazo derecho. Los niños, todos cubiertos de barro, están retozando estrepitosamente, echándose agua unos a otros, mientras que uno de ellos grita una canción sin hacer caso de la melodía.

Sobre las altas riberas se asoman las techumbres de las casitas y la parte alta de los macizos de bambú. El cielo se ha limpiado y el sol brilla. Restos de nube se ciñen al horizonte como cintas de borra de algodón. La brisa es más cálida.

No hay muchos barcos en este riachuelo; sólo unos cuantos cargados de ramas y palillos secos se mueven lentos al cansado ¡plash!, ¡plash! de sus remos. Al borde del río se ven las redes de los pescadores que están colgadas a secar entre palos de bambú. El trabajo parece haber concluido, en todas partes, a juzgar por el reposo que tienen todas las cosas.

CHUHALI.

Junio de 1891.

Había estado sentado sobre cubierta por más de un cuarto de hora cuando se levantaron pesadas nubes en el poniente. Aparecieron negras, revueltas y desharrapadas, con rasgos de luz que se mostraban aquí y allá. Los barcos pequeños seguidamente se precipitaron en el brazo menor del río y se afianzaron, con sus anclas, a la seguridad de sus orillas. Los segadores cargaron sobre sus cabezas los haces cortados y se encaminaron hacia sus casas; las vacas siguieron a sus amos y, tras ellas, los terneros cabriteaban sacudiendo las colas.

Luego vino un rujido iracundo. Trozos de nube arrancados se levantaron rápidos del Oeste como mensajeros jadeantes de malas nuevas. Finalmente, relámpago y trueno, lluvia y tormenta, se alzaron juntos y ejecutaron una loca danza derviche. Los macizos de bambú parecían aullar al barrer con ellos el suelo el viento furibundo, ahora hacia el Este, ahora hacia el Oeste. Por encima de todo, la tormenta zumbaba como la pipa de un gigante encantador de serpientes y, a su ritmo, se mecían cientos y miles de olas encrespadas como otras tantas serpientes encapuchadas. El trueno era incesante, como si un mundo entero estuviera siendo deshecho a golpes detrás de las nubes.

Con mi barba descansando en el poyo de una ventana abierta a barlovento, yo dejaba que mis pensamientos tomaran parte de esta terrible zarabanda; saltaban las olas al aire, como un tropel de chicos de escuela puestos en libertad repentinamente. Sin embargo, cuando recibí un remojón completo de la lluvia, tuve que cerrar la ventana y retirarme tranquilamente, sin poetizar, a la oscuridad interior, como un pájaro enjaulado.

SHAZADPUR.

Junio de 1891.

De la ribera en que está atado el barco, llega una especie de olor que surge de la yerba, y el calor que la tierra despide en jadeos toca realmente mi cuerpo. Siento que la cálida tierra viva respira sobre mí y que ella también debe sentir mi aliento.

Los brotes jóvenes de arroz se mecen en la brisa y los patos, en turno, meten sus

cabezas bajo el agua y abren sus plumas. No hay más ruido que el tenue y lamentable chirriar del puente contra el barco, cuando éste cede imperceptiblemente de una parte a otra de la corriente.

No muy lejos se ve una navegación que cruza el río. Una multitud abigarrada se ha reunido bajo el árbol del baniano esperando el regreso del barco; en cuanto éste llega, se encaraman impacientes en él. Yo disfruto observándolo todo horas y horas. Es día de mercado en la otra ribera; por eso está tan concurrida la travesía; algunos llevan hatos de heno, otros son portadores de cestos y algunos de sacos; unos van al mercado y otros vienen de él. Así, en este silencioso mediodía, la corriente de la actividad humana fluye lentamente por el río, entre las dos aldeas.

Yo estaba sentado preguntándome: ¿por qué hay siempre esta sombra de melancolía sobre los campos y las riberas de los ríos, sobre el cielo y el sol de nuestro país? Y llegué a la conclusión de que es porque entre nosotros la Naturaleza es, sin duda, la cosa más importante. El cielo está libre, los campos ilimitados y el sol los funde en un resplandor llameante. En medio de esto, el hombre parece algo muy trivial. Él va y viene, como el barco de travesía de esta orilla a la otra; el susurro charlador de su habla y el entrecortado eco de su canción se oyen; el ligero movimiento de la persecución de sus propios mezquinos deseos se ve en todos los mercados del mundo; pero ¡qué endeble, qué provisional, qué trágicamente sin sentido parece todo entre el inmenso alejamiento del universo!

El contraste entre la ampliamente hermosa paz, sin mezcolanza, de la naturaleza —serena, pasiva, silenciosa, insondable— y nuestros propios quebraderos de cabeza cotidianos —deleznable, cargados de pesar, atormentados de la pequeña lucha— me saca de mí mientras sigo contemplando la difusa línea azul lejana de los árboles que bordean los campos del otro lado del río.

Donde la Naturaleza está siempre escondida, y se encoje bajo la niebla y la nube, la nieve y la oscuridad, allí el hombre se siente amo; mira sus deseos, sus obras, como permanentes; quiere perpetuarse, mira hacia la posteridad, levanta monumentos; escribe biografía y hasta erige lápidas sobre sus muertos. ¡Tan ocupado está que no tiene tiempo de considerar cuántos monumentos se derrumban y cuán a menudo se olvidan los nombres!

SHAZADPUR.

Junio de 1891.

Había un enorme mástil tendido en la orilla del río y algunos chicos —granujillas de aldea, sin chispa de ropa— decidieron, tras larga consulta, que si podía ser rodado, al compás de buena cantidad de clamoreo vociferador, sería un juego nuevo completamente satisfactorio. No bien se llegó a la decisión se puso manos a la obra con un «¡*Shabash*, hermanos! ¡Todos juntos! ¡Aúpa!»». A cada vuelta que le daban al mástil, la risa era más alborozada.

El comportamiento de una niña de la partida era, sin embargo, muy diferente. Estaba jugando con los muchachos por falta de otras compañeras, pero claramente miraba con desagrado estos alborotadores y esforzados juegos. Al fin se acercó al mástil y, sin una palabra, con gran premura, se sentó sobre él.

¡Extraño parecerá que tan inocente juego llegara a fin tan abrupto! Algunos de los jugadores parecían resignarse a dejar a la muchacha y, retirándose a alguna distancia, enfurruñados, miraban enemistosamente a la chica en su impasible gravedad. Uno hizo

intención de quitarla empujándola, pero ni eso molestó la descuidada soltura de su posición. El jovencuelo mayor se le acercó y le indicó otros lugares igualmente a propósito para que descansara; ante lo cual sacudió ella la cabeza enérgicamente y, poniéndose las manos en la falda, se recompuso con mayor firmeza aún en su asiento. Entonces recurrieron, al fin, al argumento físico y tuvieron un éxito completo.

Una vez más los gozosos gritos rasgaron el cielo y el mástil rodó hacia adelante tan gloriosamente que hasta la niña tuvo que echar a un lado su orgullo y su digno exclusivismo y unirse al jolgorio sin sentido. Pero se le notaba claramente que ella estaba segura de que los muchachos no saben nunca jugar como se debe. ¡Siempre son tan infantiles! Si solamente tuviera a mano su reglamentaria muñeca de tierra amarilla, con gran moño negro, ¿se habría dignado a unirse, en este juego simple, con aquellos necios?

De repente se les ocurrió a los muchachos la idea de otro espléndido pasatiempo. Dos de ellos cojieron a un tercero por los brazos y piernas y comenzaron a columpiarlo de un lado a otro. Esto debía ser muy divertido porque todos se entusiasmaron con el hallazgo. Pero aquello era más de lo que podía soportar la niña que, desdeñosamente, abandonó el campo de juego y se marchó a casa.

Entonces ocurrió un accidente: se dejó caer al muchacho que era mecido. Dejó éste a sus compañeros y marchó furioso a echarse en la yerba, con los brazos cruzados bajo su cabeza, deseando dar a entender con esto que nunca tendría nada que ver con este duro y malvado mundo y que, para siempre, se acostaría solo, con sus brazos debajo de la cabeza, y contaría las estrellas y contemplaría el juego de las nubes.

El muchacho mayor, no pudiendo sufrir la idea de una renunciación del mundo tan a destiempo, se acercó corriendo al desconsolado y tomándole la cabeza sobre sus rodillas le dijo arrepentido: «¡Ven, hermano mío! ¡Anda levántate, hermano! ¿Te hemos hecho daño, hermanito?». Antes de que pasara mucho tiempo los encontré, jugando como dos perrillos, a cojerse y apartarse las manos mutuamente. Apenas había pasado un par de minutos cuando el chiquitín se columpiaba de nuevo.

SHAZADPUR.

Junio de 1891.

Anoche tuve un sueño extraordinario. Toda Calcuta parecía envuelta en algún terrible misterio; las casas eran solo vagamente visibles a través de una densa niebla oscura y dentro de ella ocurrían los hechos más sorprendentes.

Yo iba por Park Street en un coche de alquiler y, al pasar por el Colegio de San Javier, encontré que había empezado a crecer rápidamente y que a gran paso alcanzaba una altura imposible dentro de su bruma envolvente. Entonces me enteré de que una banda de magos había venido a Calcuta y que podrían realizar muchas maravillas siempre que se les pagara por ello.

Cuando llegué a nuestra casa de Jorasanko, encontré que estos magos se habían presentado allí también. Eran feos, de tipo mogol, con bigotes escasos y unos cuantos pelos largos que les salían de las barbas. Podían hacer crecer a los hombres. Algunas de las muchachas querían que las hicieran más altas y el mago les esparcía un poco de polvo sobre las cabezas y en el acto se disparaban hacia arriba. A todo el que encontraba, comentaba gozoso: «¡Esto es extraordinario: parece como un sueño!».

Entonces alguien propuso que hicieran crecer nuestra casa. Los magos se pusieron

de acuerdo y, como medida preliminar, comenzaron a desmontar algunas partes de ella. Terminado el desmantelamiento, pidieron dinero, asegurando que no seguirían de no entregárselo. El cajero se opuso rotundamente ¿cómo iba a pagarse el trabajo antes de terminarlo? Oyendo esto, los magos perdieron los estribos y comenzaron a retorcer el edificio pavorosamente; así es que los hombres y los ladrillos se mezclaron, los cuerpos quedaron dentro de los muros y sólo asomaban las cabezas y los hombros.

Todo tenía el aire de un negocio endemoniado. Verdaderamente maravillado, le dije a mi hermano mayor: «Ves lo que hacen estos hombres. ¡Mejor haríamos en pedir a Dios que nos ayudara!». Pero por mucho que yo intentara anatematizarlos, en nombre de Dios, mi corazón parecía partirse y no me salía palabra. Entonces, desperté.

Un sueño curioso ¿verdad? ¡Calcuta en las manos infernales de Satanás y haciéndose diabólica dentro de la oscuridad de una niebla pecadora!
SHAZADPUR.

Junio de 1891.

Los maestros de escuela de este lugar me hicieron ayer una visita. Se fueron quedando silenciosos mientras yo, por más que hacía, no encontraba palabras que decirles. Sólo lograba hacer una pregunta cada cinco minutos a la que ellos ofrecían las más breves respuestas y entonces yo me quedaba callado de nuevo, dando vueltas a mi pluma y rascándome la cabeza.

Al fin me aventuré a hacerles una pregunta sobre la cosecha, pero eran maestros de escuela y no sabían absolutamente nada sobre las mieses.

Sobre sus discípulos ya les había preguntado todo aquello en que podía hacerlo, pero tuve que volver de nuevo a comenzar por el número de muchachos que tenían en la escuela. Uno dijo ochenta y otro ciento setenta y cinco. Yo esperaba que esto les llevaría a una discusión, pero no fue así sino que arreglaron su diferencia sin violentarse lo más mínimo.

No puedo saber por qué se les ocurrió marcharse después de una hora y media. Podían haberlo hecho, con razón igualmente buena, una hora antes, o, para el asunto, doce horas después. Evidentemente llegaron a su decisión de un modo empírico, enteramente sin método.

SHAZADPUR.

Julio de 1891.

Cerca del nuestro, hay otro barco en el desembarcadero y, en la orilla, frente a él, una multitud de aldeanas. Evidentemente, algunas de éstas se embarcan para un viaje y otras las despiden; niños, canas y velos andan todos revueltos en la despedida.

Particularmente llama mi atención una muchacha. Tendrá unos once o doce años; pero es guapetona y rozagante, y pudiera pasar por tener catorce o quince años. Tiene una cara simpática, muy trigueña pero muy hermosa. Su pelo está cortado como el de un muchacho y esto sienta bien a su expresión sencilla, franca y despejada. Tiene un niño en brazos y me mira con curiosidad que no se recata y seguramente sin falta de sinceridad ni inteligencia en su mirada. Su modo de ser —medio de muchacho, medio de niña— es singularmente atrayente; una amalgama nueva de despreocupación masculina y encanto femenino. Yo no tenía idea de que hubiera tipos así entre nuestras aldeanas de Bengala.

Aparentemente, ninguna de esta familia padece de exceso de timidez. Una de ellas se ha soltado el pelo al sol y lo está peinando con sus dedos mientras conversa de sus asuntos domésticos, a voz en grito, con otra que está a bordo. Saco en claro que no tiene más hijos que una niña; una criatura necia que no sabe cómo portarse ni como hablar y que ni siquiera distingue la diferencia entre parientes y extraños. También me entero de que el yerno ha salido un irresponsable y que su hija se niega a irse con su marido.

Cuando al fin fue la hora de arrancar, escoltaron a mi doncella del pelo corto — brazos regordetes y bien formados, ajorcas de oro, cara sin hiel y radiante— al barco. Yo adivinaba que ella volvía de casa de su padre a casa de su marido. Todas continuaban allí siguiendo el barco con la mirada; una o dos secáronse los ojos con el extremo suelto de sus *saris*. Una chiquilla, con su pelo atado muy apretado en un moño, se cojía al cuello de una mujer mayor y lloraba silenciosamente sobre su hombro. Tal vez estaba perdiendo a una adorada *Didimani*^[3] que jugaba con ella a las muñecas y que también le daría un palmetazo cuando era mala...

El tranquilo caminar flotante de un barco en la corriente tiene mucho de lo patético de una separación —se asemeja tanto a la muerte— del ser que se va perdiendo de vista mientras que los que se quedan regresan a la vida cotidiana secándose los ojos. Verdad es que la punzada que produce dura sólo un rato —tanto en los que se han ido como en los que se quedan—, siendo el dolor provisional y el olvido permanente. Pero, sin embargo, lo que es verdadero no es el olvido sino el dolor y, de vez en cuando, en la separación, o en la muerte, nos damos cuenta de esta terrible verdad.

A bordo del Vapor del Canal, yendo a CUTTACK.

Agosto de 1891.

Mi maleta quedó atrás y mis ropas se ponen cada día más intolerablemente desastrosas; este pensamiento siempre encima no es del todo compatible con un debido sentido de respeto por sí mismo. Con la maleta pudiera hacer frente al mundo de los hombres con la cabeza levantada y el espíritu exaltado; sin ella, de buena gana me deslizaría por los rincones lejos de la mirada de la multitud. Me voy a la cama con esta ropa y con ella aparezco en la mañana siguiente; por añadidura, el vapor está lleno de hollín y el insoportable calor del día me mantiene desagradablemente húmedo.

Aparte de esto, lo estoy pasando bien a bordo de este vapor. Mis compañeros de viaje son de una variedad inagotable. Hay uno, Aghore Babú, que no puede aludir a nadie, animado o inanimado, excepto en términos de insulto personal. Hay otro, un amante de la música, que insiste en intentar variantes del modo *Bhairab*^[4] a altas horas de la noche, convenciéndome de la importunidad de sus representaciones en todo sentido.

El vapor ha estado encallado en una zanja estrecha desde anoche y son ya más de las nueve de la mañana. Me pasé la velada en un rincón de la abarrotada cubierta, más muerto que vivo. Le había pedido al criado que me friera unos *luchis* para la cena y me trajo unas indefinibles placas de masa frita sin acompañamiento de verduras con que comerlas. Al espresar yo una dolida sorpresa, se hizo todo contrición y ofreció hacerme una comida en el acto. Pero estando ya la noche muy avanzada, rehusé su ofrecimiento y me arreglé para tragar unos cuantos bocados de aquella horrible materia seca; luego, con todas las luces dadas y la cubierta atiborrada de pasajeros, me eché a dormir.

Los mosquitos se cernían sobre todo mi cuerpo, las cucarachas vagaban por todas

partes. Había un compañero de sueño, tendido, atravesado a mis pies, cuyo cuerpo encontraban mis plantas de vez en cuando. Cuatro o cinco narices se ocupaban de roncar. Varios desdichados desvelados, atormentados por los mosquitos, se consolaban chupando sus pipas malolientes; y, por encima de todo, se elevan esas variaciones ¡al modo de *Bhairab*! Finalmente, a las tres y media de la mañana, algunos metomentodos melindrosos comenzaron a incitarse unos a otros, y fueron levantándose. Desesperado yo también, abandoné mi cama y me dejé caer en mi silla de cubierta para esperar el alba. Así pasó la variada pesadilla de una noche.

Uno de la tripulación me dijo que el vapor se había encallado tan en firme que pudiera ser que necesitasen todo un día para sacarlo a flote. Pregunté a otro si había algún vapor con rumbo a Calcuta y recibí la sonriente respuesta de que el nuestro era el único barco de esta línea y que tendría que regresar también en él después de que hubiera llegado a Cuttack. Por un azar afortunado, después de mucho empujar y tirar, acabaron de ponerlo a flote hacia las diez de la mañana.

TIRAN.

7 de Setiembre de 1891.

El desembarco en Bahía ofrece un hermoso cuadro, con sus hermosos árboles a cada lado. En jeneral, el canal me recuerda, en cierto modo, al riachuelo en Poona. Volviendo a pensarlo, estoy seguro de que me hubiera gustado mucho más el canal si hubiera sido realmente un río.

Palmeras de coco, mangos y otros árboles de sombra bordean sus riberas que, alfombradas de suave yerba verde, van en lento declive hasta el agua y están salpicadas de plantas sensitivas en flor. Aquí y allá hay macizos de pinos cónicos y por las aberturas, en el borde de los árboles, se vislumbran campos infinitos que se pierden en la distancia; sus mieses son tan suaves y aterciopeladas, después de las lluvias, que el ojo parece hundirse en su profundidad. Relucen las aldehuelas bajo sus grupos de palmeras de coco y dátil, anidando en la fresca sombra húmeda de las bajas nubes de la estación.

Por entre todo esto, el canal, con su corriente suave, va dando vueltas graciosamente entre sus limpias orillas yerbosas, bordeadas, en sus trozos más estrechos, con biznagas de lirios de agua entre los que crecen los juncos. Y, a pesar de todo, el pensamiento sigue irritándose con la idea de que después de todo no es más que un canal artificial.

El susurro de sus aguas no viene del comienzo del tiempo. No sabe nada de los misterios lejanos, ignotos, de la montaña inaccesible. No ha fluido por siglos, signado con algún nombre femenino del mundo antiguo, dando a las aldeas de ambos lados la leche de sus pechos. Hasta los viejos lagos artificiales han adquirido mayor dignidad.

Sin embargo, cuando de aquí a cien años los árboles de su ribera hayan llegado a su mayor prestigio, sus flamantes piedras habrán ido desgastándose y cubriéndose de pátina; la fecha 1871, inscrita en sus puertas de esclusa, quedará entonces a una respetable distancia; y, si yo vuelvo a nacer como mi bisnieto, y vengo de nuevo a inspeccionar las propiedades de Cuttack por este canal, tal vez sienta hacia él un amor diferente.

SHELIDAH.

Octubre de 1891.

Barcos y barcos tocan en este desembarcadero. Después de un año interminable, los

desterrados vuelven a sus casas, desde distantes campos de trabajo, a pasar la vacación del Puja, con sus cajas, sus cestos y sus hatos cargados de regalos. Observo a uno que, al acercarse su barco a la orilla, se cambia poniéndose un *dhoti* de muselina, recién doblado y frisado; se coloca, sobre la túnica de algodón, un gabán de seda china; se ajusta, cuidadosamente, alrededor de su cuello, un pañuelo pulcramente retorcido y se va hacia la aldea sosteniendo en alto su sombrilla.

Rumorosas ondas pasan sobre los arrozales. Copas de mango y cocotero se levantan en el cielo y, más allá, hay esponjadas nubes en el horizonte. Los flecos de las hojas de las palmeras se mecen en la brisa. Los juncos, en el arrenal, están a punto de florecer. Es una escena totalmente exuberante.

Los sentimientos del hombre que acaba de llegar a su casa, la expectación vehemente de su familia que le espera, este cielo de otoño, este extraño mundo vegetal, la suave brisa matutina, el temblor universal que nos responde en el árbol, en el arbusto y en las ondillas del río, conspiran para anonadar a este joven solitario, que mira desde su ventana, con improferibles alegrías y pesares.

Vislumbres del mundo recibidos desde unas ventanas, junto al camino, traen nuevos deseos o, más bien, hacen que viejos deseos tomen formas nuevas. Anteayer, estando yo sentado en la ventana del barco, un barquichuelo pescador pasó flotando y el barquero cantaba una canción, aunque no era una canción muy melodiosa. Pero me recordó una noche, una noche de hace muchos años, de cuando yo era niño. Íbamos embarcados por el Padma y recuerdo que, de madrugada, al levantar la ventana y sacar la cabeza, vi las aguas sin una onda, brillando a la luz de la luna, y un muchacho en un barquichuelo que iba bogando solo y cantando —¡oh cuán dulcemente!— una esquisita melodía como nunca la había escuchado antes.

Me vino un repentino anhelo de volver al día de esa canción; de que se me permitiera hacer otro ensayo con la vida, para esta vez no dejarla así, vacía y sin satisfacerse, sino con la canción de un poeta en mis labios flotando por el mundo sobre la cresta de la marea que sube. Una canción para cantarla a los hombres y hechizar sus corazones; poder ver por mí mismo lo que contiene el mundo y dónde; conseguir que los hombres llegaran a conocerme; llegar a conocerlos a ellos; precipitarme por el mundo en vida y juventud como las vehementes brisas que se despeñan; y luego volver a mi casa para pasar una ancianidad realizada y fructífera; para que fueran mis últimos años como deben ser los últimos años de un poeta.

No es un ideal muy elevado ¿verdad? El beneficiar de otro modo al mundo habría sido, sin duda, empresa mucho más alta; pero siendo yo lo que soy, esa ambición ni siquiera se me ocurre. No puedo decidirme a sacrificar este precioso don de vida en un hombre, buscado por mí, y desilusionar al mundo y a los corazones de los hombres con ayunos, meditaciones y discusiones constantes. Considero bastante el vivir y el morir como un hombre, amando y confiando en el mundo, sin poder mirarlo como una ilusión del Creador ni como una trampa del engañoso Demonio. Decididamente, me está vedado el luchar para ser llevado en un soplo a lo aéreo, para ser transformado milagrosamente en un ángel.

SHELIDAH.

2 de Kartik (Octubre) de 1891.

Cuando vengo al campo, dejo de ver al hombre como separado de lo demás. Así como el río corre por muchos climas, de igual forma la corriente de los hombres sigue parlotando, dando vueltas por bosques, aldeas y pueblos. No es un contraste real el de que *los hombres pueden ir y pueden volver, pero yo sigo adelante para siempre*. La humanidad, con todas sus corrientes y confluencias, grandes y pequeñas, fluye adelante y adelante, como lo hace el río, desde su fuente del nacer hasta su mar de muerte; dos misterios oscuros en cada extremo y, entre los dos, juego, trabajo e incesante charla.

Allá los labradores cantan en los campos; aquí los barcos de pesca pasan flotando. El día va siguiendo su ruta y el calor del sol aumenta. Algunos bañistas están todavía en el río; otros han terminado y se encaminan hacia sus casas, con sus vasijas llenas de agua. Así, pasando ambas orillas del río, centenares de años han susurrado su camino, mientras el refrán se levanta como en un melancólico coro: *¡Yo sigo para siempre!*

En el silencio del mediodía, se escucha a algún vaquero joven que llama con fuerte voz a su compañero; alguna barca chapotea hacia la orilla; las ondas lamen el cántaro vacío que alguna aldeana deja descansar en el agua antes de hundirlo en ella; y con todos estos rumores se mezclan otros varios sonidos menos definidos: el gorjeo de los pájaros, el zumbar de las abejas, el plañidero chirriar de la casa, el barco que se mece suavemente de costado a costado; el todo universal componiendo la más tierna canción de cuna, como una madre que intentara calmar a un niño doliente. «No te desasosiegues», canta al acariciar tranquilizadora su frente febril. «No te apures, no llores más. Deja tus esfuerzos y tus rapacidades y tus luchas; olvida un poco y duerme un rato».

SHELIDAH.

3 de Kartik (Octubre) de 1891.

Era la luna llena de *Kojagar* y yo andaba despacio por la ribera, conversando conmigo mismo. Apenas podía llamarse una conversación por que yo lo hablaba todo y mi imaginario compañero todo lo escuchaba. El pobrecillo no tenía ocasión de decir media palabra, pero ¿no era mío el poder de obligarle a contestar desvalidamente, como un necio?

Pero ¡qué noche tan perfecta! He intentado muchas veces escribir de ella sin nunca lograr hacerlo. No había una línea de ondas en el río; y desde muy lejos, donde la orilla más lejana de la distante corriente principal se ve más allá del otro borde de la zona intermedia de arena, hasta mi misma ribera, fulgía una ancha banda de luz de luna. Ni un alma, ni una barca a la vista; ni un árbol, ni una brizna de yerba sobre la recién formada isla de arena. Belleza y soledad.

Parecía como si una luna desolada se levantara sobre una devastada tierra; un río caprichoso vagando por una soledad sin vida; un cuento de hadas muy largo que llegara a su fin sobre un mundo desierto; todos los reyes y princesas, sus ministros y amigos, y sus castillos de oro, se desvanecieron dejando los Siete Mares, los Trece Ríos y la Marisma Infinita, sobre los cuales los príncipes aventureros salían cabalgando frágilmente, reluciendo a la luz pálida de la luna. Yo paseaba arriba y abajo con las últimas pulsaciones de este mundo muriente.

Todos los demás parecían estar en la ribera opuesta —la ribera de la vida— donde el Gobierno Británico y el siglo XIX tienen dominio, té y cigarrillos.

SHELIDAH.

9 de Enero de 1892.

Por algunos días el tiempo ha estado aquí titubeando entre el Invierno y la Primavera. Por la mañana, tal vez, los escalofríos corren por agua y tierra con el contacto del viento norte; mientras que, al anochecer, vibrará con la brisa del Sur que viene a través de la luz de la luna.

No cabe duda de que la primavera vaya por buen camino. Después de un largo intervalo el *papiya* llama, una vez más, desde sus bosques de la otra orilla. Los corazones de los hombres también se remueven; y, después de caer la noche, se oyen sonos de cantos en la aldea, demostrando que ya no tienen tanta prisa por cerrar puertas y ventanas y cubrirse cómodamente arrebujados para la noche.

Esta noche la luna está llena y su gran cara redonda se asoma mirándome por la ventana abierta a mi izquierda, como si tratara de poner en claro si tengo algo que decir contra ella en mi carta; sospecha, tal vez, que nosotros los mortales nos preocupamos más de sus manchas que de sus rayos.

Un pájaro llama plañideramente —ti-ti— en el arenal. El río parece no moverse. No hay barcos. Los bosques, inmóviles en la orilla, echan sombras que no tiemblan sobre las aguas. La bruma sobre el cielo hace que la luz parezca un ojo soñoliento medio abierto.

De aquí en adelante las noches se harán más y más oscuras; y cuando mañana desembarque, la noche se habrá hecho más misteriosa, dudando si había sido prudente desnudar su corazón tan a lo vivo la noche anterior, y así volverá a cubrirlo poquito a poco.

La Naturaleza se hace real y verdaderamente íntima en lugares extraños y solitarios. He estado positivamente atormentándome muchos días pensando que después de que la luna pase de su plenitud, diariamente echaré de menos su melancólico baño de luz, sintiéndome más y más desterrado cuando la belleza y la paz que esperan mi vuelta a la ribera ya no estarán allí y yo tendré que regresar por la oscuridad.

De todos modos, asiento en mis notas la noticia de que hoy es luna llena; la primera luna llena de la primavera de este año. En años venideros tal vez se me recuerde esta noche, con el ti-ti del pájaro en la ribera, el brillo de la luz distante en el barco junto a la otra orilla, la extensión reluciente del río, la mancha de sombra echada por el borde oscuro de los árboles a lo largo de su cauce y el cielo blanco luciendo sobre mi cabeza, como una corona de plata indiferente.

SHELIDAH.

7 de Abril de 1892.

El río se va quedando bajo y el agua, en este brazo suyo, apenas llega a la altura de la cintura en ninguna parte. Así que no es nada extraordinario que los barcos estén anclados en la mitad de la corriente. En la ribera, a mi derecha, los campesinos están arando y, de vez en cuando, traen las vacas al borde del agua a beber. Hacia la izquierda están los árboles de mango y los cocoteros del viejo jardín alto de Shelidah; en la pendiente del baño, abajo, hay unas aldeanas lavando ropa, llenando cántaros, bañándose, riendo y chismorreando en su dialecto provinciano.

Las muchachas más jóvenes no parecen terminar nunca sus juegos en el agua; es una delicia escuchar su descuidada risa alegre. Los hombres se dan, con la mayor gravedad, el número reglamentario de chapuzones y se marchan, pero las muchachas están en relaciones mucho más íntimas con el agua. Parlotean y charlan y ondulan y brillan de la

misma manera sencilla y natural que el propio río; podrían languidecer y desvanecerse bajo un ardiente fulgor y sin embargo reciben golpes de luz sin quebrarse. El duro mundo que, si no fuera por ellas, sería estéril, no puede sondear el misterio del suave abrazo de sus brazos.

Tennyson dice que la mujer para el hombre es como el agua para el vino. Yo siento hoy que debiera ser mejor como el agua es para la tierra. La mujer está más en su elemento en el agua, lavándose en ella, jugando con ella, celebrando sus reuniones a su lado; y mientras que para ella otras tareas no cuadran, el llevar agua de la fuente, el pozo, la ribera del río o la alberca, ha sido tarea eminentemente femenina.

BOLPUR.

2 de Mayo de 1892.

Hay muchas paradojas en el mundo y una de ellas es que dondequiera que el paisaje es inmenso, el cielo ilimitado, las nubes íntimamente densas, los sentimientos insondables —es decir en los que el infinito se manifiesta—, el compañero apropiado de toda esta grandeza es una persona sola. Una multitud allí parece trivial y distraente.

Un individuo y el infinito están en planos iguales, dignos de mirarse uno a otro, cada uno desde su propio trono. Pero donde están muchos hombres ¡qué pequeños se hacen la humanidad y el infinito! ¡Cuánto tienen que quitarse a golpes a fin de encajar uno en otro! Cada alma necesita tanto lugar para esplayarse que en una muchedumbre tiene que esperar espacios por entre los cuales sacar un poco la cabeza estirada de rato en rato.

Así que el único resultado de nuestro ensayo de reunimos es que nos hacemos incapaces de llenar nuestras manos unidas, nuestros brazos tendidos, con esta infinita e insondable extensión de la armonía del mundo.

BOLPUR.

8 de Jaistha (Mayo) de 1892.

Las mujeres que tratan de ser ingeniosas, pero sólo logran ser impertinentes, son insufribles; los intentos de ser cómicas son un desdoro en las mujeres que tengan éxito o fracaso. Lo cómico es lerdo y exagerado. El elefante es cómico, el camello y la jirafa son cómicos. Todo exceso de crecimiento resulta cómico.

Es más bien la agudeza lo que se acerca a la belleza, como la espina a la flor. Así el sarcasmo no sienta mal en la mujer, aunque duela viniendo de ella. Pero el ridículo que sabe a pesadez haría mejor la mujer en dejarlo a nuestro sublime sexo. El Falstaff masculino nos hace estallar los costados, pero un Falstaff femenino nos destrozaría los nervios.

BOLPUR.

12 de Jaistha (Mayo) de 1892.

Suelo pasear, en las veladas, solo, por la azotea. Ayer tarde sentí que era mi deber enseñar a mis visitantes las bellezas del paisaje local, así es que subí con ellos llevando como guía a Agnore.

Al marjén del horizonte, donde el borde distante de los árboles era azul, una delgada línea de nubes celestes se había levantado sobre ellos y aparecía especialmente bella. Intenté ser poético y dije que era como el colirio azul sobre el borde de las pestañas, dando realce a un hermoso ojo azul. Uno de mis compañeros no oyó la observación, otro no la

comprendió, y el tercero la despachó con la siguiente respuesta: «Sí, muy bonito». No me sentí animado a intentar un segundo vuelo poético.

Después de caminar alrededor de una milla, llegamos a una presa. A todo lo largo del agua remansada, había una hilera de árboles de *tâl* (palma de abanico), bajo la cual había un manantial espontáneo. Mientras estábamos allí, mirando esto, encontramos que la línea de nubes que habíamos visto por el norte se venía para nosotros, hinchada y oscurecida, con destellos de relámpagos fuljiendo de vez en cuando.

Llegamos a la unánime decisión de que, el contemplar las bellezas de la Naturaleza, se puede hacer mejor desde dentro y al cobijo de la casa; pero no bien nos volvimos hacia la casa cuando una tormenta, a pasos ajigantados sobre el páramo abierto, se nos echó encima con un rujido furioso. Yo no tenía idea, mientras admiraba el colirio de las pestañas de la hermosa dama naturaleza, que se nos abalanzaría como una iracunda ama de casa, ¡amenazándonos con tan tremendo bofetón!

Se puso el aire tan oscuro, con el polvo levantado, que no podíamos ver más allá de unos pasos. La furia de la tormenta aumentó y revolantes partículas pedregosas del suelo mordieron nuestros cuerpos, como perdigones, al cojernos el viento por el cogote y empujarnos hacia adelante, acompañados de las fustigantes gotas de lluvia que habían comenzado a caer.

¡Correr! ¡Correr! Pero el suelo no estaba nivelado, surcado por cuencas de agua, y era muy difícil de cruzar en cualquier momento; mucho más en una tempestad. Yo me las arreglé como pude para enredarme en un matorral espinoso, y casi fui arrojado de cara al lodo por la fuerza del viento.

Cuando casi habíamos llegado a casa, una hueste de criados salió presurosa hacia nosotros, gritando y jesticulando, y cayó sobre nosotros como otra tormenta. Unos nos cojían de los brazos, otros lamentaban nuestro maltrecho estado, algunos estaban ansiosos de mostrarnos el camino, otros se colgaban de nuestras espaldas como si temieran que la tempestad pudiera llevarnos juntos. Eludimos las atenciones de todos con alguna dificultad y nos arreglamos para entrar, al fin, en la casa, jadeantes, con la ropa empapada en agua, los cuerpos mojados y el pelo revuelto.

Una cosa había aprendido de este episodio: nunca más escribiré en novela o cuento la mentira de que el héroe, con la imagen de su dueña en el pensamiento, puede pasar sin desarreglarse por el viento y la lluvia. Nadie puede retener alguna imagen en el pensamiento, por hechicera que ésta fuese, en una tempestad semejante. ¡Bastante tiene que hacer con no dejarse entrar la arena en los ojos...!

Los poetas *Vaishnavas* han cantado con el mayor encanto a Radha cuando va a su cita con Krishna atravesando una tempestad en la noche. Me pregunto: ¿se detuvieron alguna vez a considerar en qué estado debió llegar donde él estaba? La clase de maraña en que se enredaría su pelo es fácil de imaginar y también el estado del resto de su indumentaria. Imaginar como llegó a su tocador, con el polvo sobre su cuerpo empapado por la lluvia hasta convertirlo en una capa de barro, es una visión realmente conmovedora.

Pero cuando leemos los poemas *Vaishnavas*, no se nos ocurren estos pensamientos. Sólo vemos sobre el lienzo de nuestro pensamiento la imagen de una bella mujer pasando bajo el cobijo de las *Kamdambasen* flor, en la oscuridad de una tempestuosa noche de *Skravan*^[5], hacia la ribera del Jumna, olvidando el viento y la lluvia, como en un sueño, atraída por la fuerza del amor. Se ha ligado las ajorcas para que no tintineen; está cubierta

con vestiduras azules oscuras para no ser descubierta; pero ¡no lleva paraguas para no mojarse, ni linterna para no caer!

¡Ay de las cosas útiles, tan necesarias en la vida práctica como descuidadas en la poética! La poesía lucha en vano por libertarnos de sus ligaduras aunque éstas estén siempre con nosotros. Tanto así es que hasta se dice que con la marcha de la civilización la poesía se extinguirá, pero continuará sacándose patente tras patente, para el perfeccionamiento en la fabricación de zapatos y de paraguas.

BOLPUR.

16 de Jaistha (Mayo) de 1892.

Ningún reloj de campanario suena aquí; como no hay ninguna morada humana cerca, el silencio completo cae con el anochecer, en cuanto los pájaros han dejado de cantar. No hay gran diferencia entre las primeras horas de la noche y la madrugada. Una noche sin sueño en Calcuta fluye como un inmenso río lento de oscuridad; se pueden escuchar los variados y tenues sonidos de su pasar, echado de espaldas en la cama. Aquí la noche es como un vasto lago sin movimiento, descansando plácidamente, sin señal de mudanza. Y al revolvernó de lado a lado nos sentimos envueltos en una densa paz un tanto desoladora.

Esta mañana abandoné mi lecho un poco más tarde que de costumbre; bajé a mi habitación y me eché hacia atrás sobre un cojín, descansando una pierna sobre la rodilla de la otra. Allí, con una pizarra sobre el pecho, comencé a escribir un poema con un fondo musical de brisa matutina y de pájaros cantores.

Estaba deliciosamente recostado —una sonrisa en los labios, mis ojos medio cerrados, mi cabeza meciéndose con ritmo, lo que yo tarareaba tomando forma lentamente— cuando llegó el correo.

Me traían una carta, el último número de *Sadhana Magazine*, uno de los *Monist* y algunas pruebas. Leí la carta, corrí los ojos sobre las páginas sin cortar del *Sadhana* y luego volví a cabecear y a tararear mi poema. No hice otra cosa hasta terminarlo.

Me pregunto por qué el escribir pájinas de prosa no puede compararse al goce de completar un solo poema. Las emociones de uno toman tal perfección de forma con el verso que hasta podrían, por decirlo así, ser recojidas por los dedos. La prosa, en cambio, es un saco lleno de materias sueltas, pesado, de difícil manejo, incapaz de ser levantado a placer.

Si yo pudiera terminar de escribir un poema cada día, mi vida se pasaría en una especie de gozo inefable; pero aunque he estado entregado a la poesía muchos años, no ha sido domada todavía y no es de ese tipo de corcel alado que permite echarle la brida cuando a uno le viene en gana. La alegría del arte está en la libertad de alzar el vuelo al antojo de la fantasía; entonces, aún después de la vuelta al mundo cárcel, el eco perdura en el oído y la exaltación en el entendimiento.

Poemas cortos me vienen constantemente, sin buscarlos, y el quehacer lírico me impide adelantar en mi obra dramática. Si no hubiera sido por éstos, podía haber dado paso a ideas para dos o tres obras de teatro que han estado llamando a mi puerta. Me temo que han de esperar al tiempo frío. Todas mis obras, excepto «Chitra», fueron escritas en el invierno. En esa estación, el fervor lírico tiende a enfriarse y me deja espacios para escribir un drama.

BOLPUR.

31 de Mayo de 1892.

Aún no son las cinco, pero la luz ha amanecido, hay una brisa deliciosa, y todos los pájaros, despiertos en el jardín, han empezado a cantar. El cuco parece fuera de sí. Es difícil comprender por qué ha de seguir cantando tan incansablemente. Seguramente no es para distraernos ni para volver loco al enamorado que muere de amor^[6]; ha de tener algún propósito personal propio. Pero, desdichadamente, ese propósito no parece realizarse nunca. Sin embargo no se desanima y su Cu-Cu continúa, de vez en cuando, con un trino ultrafervoroso. ¿Qué puede significar?

Luego, en la distancia, hay algún otro pájaro con sólo un débil chut-chut que no tiene ni energía ni entusiasmo, como si toda esperanza se hubiera perdido; sin embargo, desde dentro de algún rincón sombreado, no puede resistir el proferir este pequeño lamento: chut-chut-chut.

¡Qué poco sabemos, en realidad, de los asuntos domésticos de estos inocentes seres alados, con sus cuellos y pechos suaves y sus plumas multicolores! ¿Pero cuál es el motivo que los hace cantar tan persistentemente?

SHELIDAH.

31 de Jaistha (Junio) de 1892.

Detesto estas formalidades cumplimenteras. Hoy día repito frecuentemente esta exclamación: «¡Mucho mejor quisiera ser un Beduino Árabe!». Una hermosa, saludable, fuerte y libre barbarie.

Siento que quiero abandonar este constante envejecer, de pensamiento y cuerpo, con incesante argumento y precisión, abandonar las cosas antiguas que decaen y sentir la alegría de una vida libre y vigorosa; tener —sean buenas o malas— ideas y aspiraciones amplias, sin vacilaciones, sin cadenas, libres de la eterna fricción entre la costumbre y el sentido y el deseo, el deseo y la acción.

¡Si yo solo pudiera libertar del todo, y sin límites, esta limitada vida mía; atacaría los cuatro puntos cardinales y levantaría ola tras ola de tumulto en todo alrededor; me iría corriendo, loco, como un caballo desbocado, por la alegría misma de mi propia velocidad! Pero soy bengalí, no beduino. Sigo sentado en mi rincón y me ensimismo y me preocupo y discuto. Vuelvo mi pensamiento hacia arriba primero por este lado, luego por el otro — como se fríe un pescado— y el aceite hirviendo levanta ampollas por los dos lados de mi alma.

Pase. Puesto que no puedo ser loco del todo, es justo que haga un esfuerzo para ser del todo cuerdo. ¿Por qué fomentar una pelea entre mis dos mitades?

SHELIDAH.

16 de Junio de 1892.

Cuanto más tiempo vive uno solo sobre el río o el paisaje abierto, más clara se nos hace la idea de que nada es tan bello ni tan grande como llevar a cabo los deberes ordinarios, de la vida cotidiana, con sencillez y naturalidad. Desde las yerbas del campo a las estrellas del cielo, todo cumple su misión justamente; y hay tan profunda paz y sobrepajante hermosura en la Naturaleza porque ninguno de sus componentes intenta

traspasar sus limitaciones a la fuerza.

Porque lo que hace cada uno no es, en modo alguno, de poca importancia. La yerba tiene que derrochar toda su energía para sacar el sustento de los últimos extremos de sus raicillas, sólo para crecer saludable donde está como yerba; no se esfuerza vanamente para convertirse en baniano y así la tierra gana una linda alfombra verde. Y, en verdad, lo poco de belleza y de paz que se ha de encontrar en las sociedades de los hombres, es debido al usual y diario cumplimiento de pequeños deberes que nos presenta la vida; no a los grandes hechos ni a las palabras altisonantes.

Tal vez porque nuestra vida no está vivida en presente, en cada momento, alguna esperanza imaginaria puede atraernos, alguna brillante imagen de un buen porvenir, no estorbado por cargas diarias, puedan tentarnos. Pero todas éstas son ilusorias.
SHELIDAH.

2.º día de *Asarh* (Junio) 1892.

Ayer, primer día de *Asarh*^[7], la entronización de la estación de las lluvias se celebró con la debida pompa y envuelta en las circunstanciales ceremonias. Hizo mucho calor todo el día, pero por la tarde se levantaron densas nubes en masas imponentes.

Pensé para mí: el primer día de lluvias preferiría arriesgarme a soportar un remojón que permanecer encerrado en mi mazmorra de camarote.

El año 1293^[8] no volverá de nuevo a mi vida; pero ¿cuántos más de estos primeros días de *Asarh* serán contemplados de mis ojos? Mi vida sería suficientemente larga si pudiera contar treinta de estos primeros días de *Asarh* en los cuales el poeta del *Meghaduta*^[9] ha puesto, para mí, al menos, especial distinción.

Algunas veces me llama la atención y considero lo inmensamente afortunado que me hace el que cada día tome su lugar exacto en mi vida, bien enrojecido por la salida y puesta del sol, o reanimadoramente fresco al cubrirse con profusas nubes oscuras, o florecido con una flor blanca a la luz de la luna. ¡Qué incontable riqueza!

Hace mil años, *Kalidasa* dio la bienvenida a aquel primer día de *Asarh* y una vez en cada año de mi vida, ese mismo día de *Asarh* amanece en toda su gloria; es el mismo día del poeta del antiguo *Ujjain*, el que ha traído a innumerables hombres y mujeres sus alegrías de unión y sus dolorosas separaciones.

Cada año, un día como éste, grande, santificado por la poesía, cae de mi vida; y llegará el tiempo en que este día de *Kalidasa*, este día del *Meghaduta*, este eterno primer día de las lluvias en el Indostán, no vendrá más para mí. Cuando me doy cuenta de esto siento que quiero mirar, mirar bien y profundamente la Naturaleza, para ofrecer una bienvenida conciente al levantarse el sol de cada día, para decir adiós al sol poniente en cada crepúsculo, como a un amigo íntimo.

¡Qué gran festival, qué vasto y teatral espectáculo! Y no podemos siquiera responder plenamente a él ¡tan lejos vivimos del mundo! La luz de las estrellas viaja millones de millas para llegar a alcanzar la tierra, pero no puede alcanzar nuestros corazones. ¡A tantos millones de millas más lejos estamos nosotros!

El mundo al que he caído está poblado de seres estraños. Están siempre ocupados levantando muros y reglas a su alrededor. Es una maravilla para mí que no hayan hecho fundas oscuras para cubrir las plantas en flor y levantado un gran toldo para tapar la luna. Si la vida siguiente está determinada por los deseos sentidos en ésta, yo debería renacer de

nuestro planeta cubierto con un sudario, en algún libre y abierto reino de alegría.

Sólo aquellos que no pueden empaparse en belleza hasta la plenitud, la desprecian como inútil a los sentidos. Pero los que han gustado de su inefabilidad saben cuán lejos está, y por encima de las más altas facultades del ojo o del oído; es más, hasta el corazón carece de fuerzas para alcanzar el fin de sus ansias.

P. S. —He dejado por decir precisamente aquello que quería contar. No asustaros, no ocupará cuatro páginas más. Lo que ocurrió fue que, en el anochecer del primer día de *Asarh*, se puso el cielo cerrado y comenzó a llover en grandes chubascos que parecían lanzas. Nada más.

Camino de GOALUNDA.

21 de Junio de 1892.

Imágenes de una variedad infinita, de arenales, campos de mieses y aldeas, entran deslignándose en nuestra visión a un lado y a otro; nubes flotando en el cielo, florecimiento de colores para cuando el día encuentre a la noche. Pasan barcos, arrojan sus redes los pescadores; las aguas hacen líquidos sonos acariciadores durante todo el día; su ancha extensión se acalla en la quietud del anochecer, como un niño que se va quedando dormido, y, sobre el agua, todas las estrellas del ilimitado cielo montan guardia; luego, mientras estoy velando, las orillas dormidas a cada lado, el silencio sólo se quiebra, de vez en cuando, por un agudo grito de chacal en el bosque cercano a alguna aldea o por fragmentos que, minados por la viva corriente del Padma, se desmoronan y despeñan desde la alta ribera, cayendo al agua.

No es que el espectáculo sea siempre de un especial interés; un arenal amarillento, carente de yerba o de árbol, se extiende hasta lo lejos; una barca vacía está atada a su borde; el agua azulada, del mismo matiz que el cielo brumoso, fluye pasándome. Sin embargo, no puedo espresar lo que me conmueve de tal manera. Sospecho que las antiguas inquietudes y anhelos de mis días de infancia, gobernados por criados, —cuando en la solitaria prisión de mis habitaciones yo me entregaba a la lectura de «Las mil y una noches» y compartía con el marinero Simbad sus aventuras en muchos países estraños— aún no están muertos dentro de mí sino que despiertan súbitamente al ver una barca vacía atada a un arenal.

Si yo no hubiera oído cuentos de hadas ni leído «Las mil y una noches» y «Robinson Crusoe» en la infancia, estoy seguro de que las riberas lejanas, o el lado más distante de los anchos campos, no me habrían conmovido así; el mundo entero, a decir verdad, hubiera tenido un sentido bien diferente para mí.

¡Qué maraña de fantasías y realidades se enredan dentro del pensamiento del hombre! Las tramas diferentes —menores y mayores de cuentos, acontecimientos e imágenes—, ¡cómo se anudan unas a otras!

SHELIDAH.

22 de Junio de 1892.

Esta mañana, temprano, mientras estaba todavía en la cama, oía a las mujeres en el baño, dando alegres y clamorosos gritos de ¡*Ulu!* ¡*Ulu!*^[10]. La llamada despertó mi curiosidad, aunque es difícil decir por qué.

Semejantes estallidos de alegría me recordaban la gran corriente de activa festividad que hay siempre en este mundo, con la mayor parte de las cuales el hombre individual no

tiene relación. El mundo es inmenso, el ansia de los hombres infinita y, sin embargo, ¡con qué pocos tiene un lazo de unión o relación alguna! Los distantes sonidos de la vida, acercados por el aire, nos traen nuevas de hogares desconocidos y hacen que el individuo se dé cuenta de que la mayor parte del mundo de los hombres le es absolutamente ajeno. Entonces se siente uno solo, desasido del mundo que nos une, y una vaga tristeza se va apoderando de nosotros.

Así esos gritos de ¡Ulu! ¡Ulu! hacían que mi vida, pasada y futura, pareciera como un camino largo desde cuyas mismas alejadas estremidades llegaran a mí. Este sentimiento de una entonación melancólica al principio de mi vida.

En cuanto el mayordomo, con su cuadrilla y los del lugar, buscando audiencia, entran en escena, esta tenue desleída visión de pasado y futuro se borra rápidamente y un muy robusto presente se alza ante mí con sus afanes naturales.

SHAZADPUR.

25 de Junio de 1892.

En las cartas recibidas hoy había una alusión relativa al cantar de A---'S que hizo que mi corazón ansiara, con un inefable anhelo, cada uno de los pequeños goces de la vida. Esos goces que, permaneciendo inapreciados en el torbellino de la ciudad, mandan urjentes llamadas al corazón cuando se está lejos del hogar. Me encanta la música y no hay falta de voces ni de instrumentos musicales en Calcuta; sin embargo, soy sordo para ellos. Pero, aun cuando no me dé cuenta en un momento determinado, esto tiene que dejar, necesariamente, el corazón sediento.

Al leer las cartas de hoy, sentí un tan punzante deseo de oír la dulce canción de A---'S que me creí seguro, en el acto, de que uno de los muchos anhelos suprimidos de la creación, que claman por ser realizados, es por las alegrías que se encuentran desatendidas y a nuestro alcance. Mientras estamos ocupados, persiguiendo quiméricas imposibilidades, matamos de hambre nuestras vidas...

El vacío que dejan estos goces fáciles no gustados, está siempre aumentando en mi vida. Y puede que llegue el día en que yo sienta que, si sólo pudiera volver a tener lo pasado, no me esforzaría más persiguiendo lo inalcanzable, sino que apuraría del todo estos pequeños goces cotidianos que la vida nos ofrece.

SHAZADPUR.

27 de Junio de 1892.

Ayer por la tarde el cielo se nubló tan amenazadoramente que me produjo una sensación de temor. No recuerdo haber visto nunca nubes de apariencia tan iracunda.

Hinchadas masas del más oscuro azul índigo se amontonaban, unas encima de las otras, justamente sobre el horizonte, semejando los sobresalientes mostachos de algún furibundo demonio.

Bajo los rasgados bordes inferiores de las nubes surjía un fulgor de color rojo de sangre, como si fueran los ojos de un monstruoso bisonte que llenara el cielo, con la cabeza baja y la melena revuelta, para golpear la tierra lleno de furia incontenida.

Las mieses del campo y las hojas de los árboles, temblaban de miedo ante el desastre que se les echaba encima; estremecimiento tras estremecimiento sacudía la piel del agua; los grajos volaban, locos, de un lado a otro, con un griterío ensordecedor.

SHAZADPUR.

29 de Junio de 1892.

Ayer yo escribía que tenía una cita con Kalidasa, el poeta, para esta noche. Tras prepararme para este encuentro, encendiendo una vela y acercando la silla a la mesa, no entró Kalidasa sino el Administrador de Correos. Un Administrador de Correos vivo no puede menos de reclamar su precedencia sobre un poeta muerto; así es que yo no podía explicarle ni decirle que cediera el paso a Kalidasa que debía llegar según anterior acuerdo ¡él no me hubiera comprendido! Por lo tanto, le ofrecí una silla y dije al viejo Kalidasa que se fuera con Dios.

Hay una especie de lazo entre este Administrador de Correos y yo. Cuando la estafeta estaba en una parte del edificio de esta finca, lo veía todos los días. Entonces, una tarde, escribí mi cuento «El Administrador de Correos» en esta misma habitación. Cuando el cuento salió en el *Hitabadi*, vino a mí, con una buena sucesión de sonrisas tímidas, escusándose al hablar sobre este asunto. De todos modos, me gusta el hombre. Tiene un bien provisto almacén de anécdotas que me divierte mucho escuchar. También tiene un buen sentido del humor.

Esa misma tarde, cuando se marchó el Administrador de Correos, empecé en seguida con el *Raghuvansa*^[11] y leí todo lo del *swayamuara*^[12] de Indumati.

Los guapos y apuestos príncipes están sentados, en hileras de tronos, en el salón de asamblea. De repente, una fanfarria, de caracol y trompeta, resuena al entrar Indumati, con ropas nupciales, sostenidas por Sunanda, y se detiene en el espacio que queda entre ellos. Era muy deleitable el prolongar esta escena.

Entonces, cuando Sunanda le presenta a cada uno de sus pretendientes, Indumati se inclina profundamente, en saludo de desamor, y pasa. ¡Qué bella es esta humilde cortesía! Todos son príncipes. Todos son mayores que ella. La princesa no es más que una niña. Si ella no les hubiera compensado la inevitable descortesía de rehusar con la gracia de su humildad, la escena hubiera perdido su belleza.

SHELIDAH.

20 de Agosto de 1892.

«¡Si pudiera yo vivir allí!». Se piensa a menudo cuando se mira un bello paisaje pintado. Ésa es la clase de anhelo que encuentra su satisfacción aquí, donde se siente uno vivo en un cuadro de colores brillantes, sin nada de la dureza de la realidad. Cuando yo era un niño, las ilustraciones de bosques y mar, en *Pablo y Virginia* o en *Robinson Crusoe*, me sacaban del mundo corriente que me rodeaba; el sol de aquí trae de nuevo a mi recuerdo el sentimiento con que yo contemplaba esos grabados irreales donde todo era maravilloso.

No puedo explicarme esto con exactitud. Es difícil esponer completamente la clase de ansiedad que se despierta en el afán que me une con el mundo más grande. Me siento como si vagos recuerdos distantes me vinieran de aquel tiempo en que fui uno con el resto de la tierra; cuando alrededor de mi crecía la yerba verde y sobre mi caía la luz del otoño; cuando un cálido perfume de juventud salía de mi vasto y suave cuerpo verde, con el contacto de los rayos del sol blando, y una vida nueva, una dulce alegría, destilaba de mi, concientemente, y se me derramaba por toda la inmensidad de mi ser, donde habitaban los más extraordinarios países y mares y montañas, bajo el brillante cielo azul.

Mis sentimientos parecen ser los de nuestra antigua tierra, en el éxtasis diario de su vida besada por el sol; su propia conciencia parece chorrear por cada brizna de yerba, por cada raíz chupadora, para levantarse en la savia por entre los árboles, para estallar con temblores de alegría en los ondulantes campos de maíz y en las susurrantes hojas de las palmeras.

Me siento impelido a dar expresión de este lazo de sangre que me une con la tierra, a describir mi amor ardiente por ella; pero temo no ser comprendido y me acojo al silencio frente a la luz deslumbradora.

BOALIA.

18 de Noviembre de 1892.

Me pregunto a donde habrá llegado tu tren ahora. Éste es el momento en que el sol se levanta sobre las subidas y bajadas de la rejión pedregosa, sin árboles, cercana a la estación de Nawadih. La escena, alrededor de aquello, estará alegrada por la nueva luz del sol, por entre la cual distantes montes azules comenzarán a hacerse débilmente visibles.

Apenas se ven los campos cultivados, excepto donde los hombres primitivos de las tribus han arado un poco con sus búfalos. De cada lado del tajo del ferrocarril surgen las peñas negras amontonadas —las huellas marcadas por las rocas de ríos secos— y las nerviosas aves negras posadas a lo largo de los hilos de telégrafos. Una naturaleza selvática, surcada y cicatrizada, yace allí tendida al sol, como si estuviera domada por el contacto de una suave y alegre mano querúbica.

¿Sabes el cuadro que esto me evoca? En la *Sakuntala* de Kalidasa hay una escena donde Bharat, el hijo del rey Dushyanta, está jugando con el cachorro de un león. El niño pasa suavemente sus delicados dedos rosados por entre la melena ruda de la gran bestia que está tendida tranquilamente, en reposo confiado; el animal le echa miradas cariñosas, por el rabillo del ojo, a su pequeño amigo humano.

¿Y quieres que te diga lo que me recuerdan esos cauces secos y rocosos? Leemos en un cuento inglés de hadas, «Los Niños en el Bosque», cómo dos hermanitos dejaron un rastro de su vagar, por entre el bosque desconocido, al cual su madrastra les había echado, derramando piedrecitas por el camino. Estos arroyos son como niños perdidos en el mundo grande, al que son enviados al azar, y por eso dejan guijarros al salir, marcando su curso, para no perderse si vuelven. ¡Pero para ellos no hay viaje de vuelta!

NATORE.

2 de Diciembre de 1892.

Hay una enorme profundidad de sentimiento y amplitud de paz en una puesta de sol de Bengala, detrás de los árboles que bordean los infinitos campos solitarios que se estienden hasta el horizonte.

Amorosamente y, a pesar de todo, con tristeza, se inclina nuestro cielo del anochecer hasta besar la tierra en la distancia.

Luego echa una luz melancólica sobre la tierra que deja atrás —una luz que nos da como un sabor del pesar de la separación Eterna— y silencio elocuente y divino se cierne sobre la tierra y las aguas.

Mientras miro, en arrobada inmovilidad, pienso melancólicamente: Si alguna vez este silencio dejara de contenerse; si la expresión que esta hora ha estado buscando, desde el

principio del tiempo, estallara de golpe, ¿se levantaría una música profundamente solemne, penetradamente conmovedora, de la tierra al país de las estrellas?

Con un poco de esfuerzo y de concentración fija, podemos, por nosotros mismos, traducir la gran armonía de luz y de color que invade al universo de música. Sólo tenemos que cerrar nuestros ojos para recibir con el oído de entendimiento la vibración de este panorama que fluye permanentemente.

¿Pero cuántas veces habré de escribir sobre estas puestas y amaneceres? Siento su frescura renovada cada vez; y sin embargo ¿cómo he de alcanzar esta renovada frescura en mis intentos de expresión?

SHELIDAH.

9 de Diciembre de 1892.

Me estoy sintiendo débil y flojo, después de mi dolorosa enfermedad, y en esta convalecencia los cuidados de la naturaleza son verdaderamente dulces. Me siento como si, al igual que los demás, yo también estuviera perezosamente derramando mi reluciente deleite de los rayos del sol. Así la escritura de mis cartas progresa sólo distraídamente.

El mundo me es siempre nuevo. Como un viejo amigo amado, a través de ésta y de anteriores vidas, el conocimiento nuestro es largo y profundo.

Puedo comprender bien como, en las edades pasadas —cuando la tierra en su primera juventud surgió del mar y saludó al sol con la oración—, yo debí ser uno de esos árboles brotados de su suelo recién formado, alzando mi verde follaje con toda la frescura de su primer impulso.

El gran mar mecía, y ondulaba y asfisiaba, como una madre tontamente afectuosa, a su tierra primojénita con repetidas caricias; mientras yo bebía la luz del sol con todo mi ser, estremeciéndome bajo el cielo azul con el éxtasis irrazonable del recién nacido, agarrándome, y chupando sin cesar de mi madre tierra, con todas mis raíces. Con alegría ciega brotaron mis hojas y se abrieron mis flores; y cuando las nubes oscuras se agolparon, su sombra grata me confortaba con su tierno contacto.

De siglo en siglo, después, he renacido diversamente sobre el paisaje del mundo. Así que dondequiera nos sentamos ahora cara a cara, varios antiguos recuerdos, uno tras otro, vuelven a mí lentamente.

Mi madre tierra se sienta hoy en los trigales junto al río, con su vestidura de oro destellante por el sol, y cerca de sus pies, de sus rodillas, de sus faldas, yo me tumbo a jugar. Madre de una multitud de hijos, atiende sólo distraídamente a las constantes llamadas de ellos con una inmensa paciencia, pero también con cierto aislamiento. Está sentada allí, con su mirada lejana aferrada al marjen del cielo de la tarde, mientras yo sigo charlando incansablemente.

BALIA.

Martes, Febrero de 1893.

Ya no quiero rodar más. Ansío un rincón en que anidar apretujado, lejos del jentío.

La India tiene dos aspectos; en uno de ellos es una señora de su casa, en el otro un asceta errante. La primera se niega a moverse del apartado retiro de su hogar, la segunda no encuentra nunca casa propia. Dentro de mí están las dos, quiero andar de un lado a otro y ver el mundo entero; sin embargo, también ansío el más recóndito rincón. Como un pájaro,

con un menudo nido de vivienda y el vasto cielo para volar.

Tengo nostalgia de mi casa porque ella me sirve para traer la calma a mi espíritu. Mi pensamiento realmente quiere ocuparla; pero al hacer el intento se golpea tan repetidamente contra la multitud, que se pone frenético del todo y se sacude contra su jaula. Si sólo se le consiente un poco de ocio solitario, al placer de que pueda mirar de un lado a otro y pensar a su antojo, espresará sus sentimientos a su propia satisfacción.

Por este deseo de soledad es por lo que se irrita mi pensamiento; querría estar solo con sus imaginaciones, como el Creador se cierne pensativo sobre su propia creación.

CUTTACK.

Febrero de 1893.

Hasta que podamos alcanzar algo vivimos de incógnito, digo yo. Mientras sólo seamos dignos de ser mirados con condescendencia, ¿en qué basaremos nuestros derechos de ser respetados? Cuando hayamos adquirido nuestro propio y real afianzamiento en el mundo, cuando hayamos tenido alguna participación en dar forma a su curso, entonces podremos encontrarnos sonrientes con los demás. Hasta ese momento mantengámonos en la retaguardia ocupándonos de nuestros propios asuntos.

Pero nuestros paisanos parecen tener la opinión contraria. No dan importancia a nuestras modestas necesidades íntimas, que tienen que ser satisfechas entre bastidores; toda su atención va dirigida al momentáneo representar y hacer.

El nuestro es un país, verdaderamente, abandonado de Dios. Nos resulta muy difícil, en verdad, el mantener la fuerza de voluntad de *hacer*. No recibimos la más pequeña ayuda en ningún sentido. No hay nadie, en muchas millas de nosotros, con quien pudiéramos, en fructuosa conversación, ganar un acceso de vitalidad. Nadie, cerca, parece pensar, ni sentir, ni trabajar. Ni una sola alma tiene experiencia de fuerte lucha o de real y verdadero vivir. Todos comen y beben, hacen su trabajo en la oficina, fuman y duermen y charlan disparatadamente. Cuando topan con la emoción, se ponen sentimentales; cuando razonan, son infantiles. Tiene uno ansia por una personalidad sanguínea, robusta y capaz. Éstas son como otras tantas sombras que se deslizan en mi alma insatisfecha.

CUTTACK.

10 de Febrero de 1893.

Era un John Bull bien desarrollado y del tipo imposible; con un gran pico por nariz, ojos astutos y una barbilla de a yarda. La restricción de nuestro derecho está ahora bajo la consideración del Gobierno. El individuo trajo el asunto arrastrado por los pelos e insistió en discutirlo hasta el fin con nuestro anfitrión, el pobre B---- Babú. Dijo que el nivel moral de las jentes de este país era bajo; que no tenían ninguna fe en lo sagrado de la vida; así que no valían para servir de jurados.

El completo desprecio con que somos mirados por estas jentes, se me hizo bien evidente cuando vi cómo pueden aceptar la hospitalidad de un bengalés y hablar así, sentados a su mesa, sin el menor pestañeo de remordimiento.

Sentado en un rincón del comedor, después de cenar, todo a mi alrededor se empañó ante mis ojos. Parecía estar sentado a la cabecera de mi gran madre patria ofendida, que yacía ante mí en el polvo, desconsolada, despojada de su gloria; no puedo espresar la profunda aflicción que se apoderó de mi corazón.

¡Cuán fuera de lugar parecían allí las *mensahibs* con sus vestidos escotados, el susurro de la conversación en inglés y las ondas de risa! ¡Cuán ricamente verdadera es para nosotros nuestra India centenaria; cuán baratas y falsas las cortesías de una comida inglesa de etiqueta!

CUTTACK.

Marzo de 1893.

Si empezamos a dar demasiada importancia al aplauso de los ingleses, tendremos que despedirnos de mucho de lo nuestro que es bueno y aceptar de ellos mucho de lo que es malo.

Nos avergonzaremos de andar sin calcetines y dejaremos de sentir vergüenza ante los vestidos de baile que ellos usan. No tendremos remordimientos al despojarnos de nuestros antiguos modales ni tampoco los sentiremos al emularlos en su falta de cortesía. Dejaremos de llevar nuestros *achgans* porque son susceptibles de enmienda, pero no nos preocuparemos al entregar nuestras cabezas a sus sombreros aunque ningún adorno de cabeza podría fácilmente ser más horrendo.

En una palabra, conciente o inconcientemente, tendremos que ir recortando nuestras vidas según ellos aplaudan o no.

Por lo tanto, yo me apostrofo y digo: ¡Ay, olla de barro! ¡Por amor de Dios, apártate de la olla de metal! No sea que venga a ti, enfurecida, o sólo para darte una condescendiente palmada en la espalda. Te habrás fastidiado y, en uno y otro caso, quedarás rajada. Así es que presta atención al sabio consejo del viejo Esopo y guarda tu prudente distancia.

Que la olla de barro sirva de adorno en los hogares de los ricos y haga su buen trabajo en el de los pobres. Si dejas que te quebranten, no tendrás lugar en ninguna de las dos partes; solamente habrás de servir para volver al polvo. En el mejor caso, podrás asegurarte un rincón de una vitrina, como una curiosidad, y es mucho más glorioso el ser empleada para traer agua por la más humilde de las aldeanas.

SHELIDAH.

8 de Mayo de 1893.

La poesía es un amor mío muy antiguo; debo haber estado prometido a ella cuando tenía sólo la edad de Rathi^[13]. Hace muchos años, los escondrijos bajo el viejo baniano que había junto a la alberca, los jardines interiores, las rejiones desconocidas de la planta baja de la casa, la totalidad del mundo exterior, las aleluyas y cuentos que nos contaban las criadas, creaban un maravilloso país de hadas dentro de mí.

Es muy difícil dar una idea clara de todos los acontecimientos vagos y misteriosos de aquella época; pero lo que sí puedo asegurar es que la ceremonia de mi cambio de guirnalda^[14] con la Fantasía Poética ya estaba debidamente celebrado.

Tengo que confesar, sin embargo, que no es una doncella de buen augurio y traiga lo que trajere no es la buena suerte. No puedo decir, sin embargo, que nunca me diera la felicidad, pero la paz del espíritu, con ella, no hay que soñarla con demasiado optimismo. El amante a quien ella favorezca podrá alcanzar la cima de su beatitud, pero la sangre de su corazón es esprimida bajo un fuerte abrazo implacable. No conseguirá nunca, el afortunado de su elección, convertirse en un reposado y sobrio señor de su casa, confortablemente

instalado sobre alguna base social.

Puede haber muchas cosas que no eran verdad, conciente o inconcientemente, pero nunca he dicho nada falso en mi poesía; mis poemas fueron el santuario en donde las más profundas verdades de mi vida encontraron refugio.

SHELIDAH.

10 de Mayo de 1893.

Vuelven hinchadas manchas de nubes negras que empapan la dorada luz del sol, de la brillante escena que hay frente a mí, como grandes masas de papel secante. La lluvia debe andar muy cerca porque la brisa está húmeda y lagrimeante.

Allá lejos, sobre los picos del Simla que se yergue hacia el cielo, encontrarás difícil el darte cuenta exacta del importante acontecimiento que es aquí la venida de las nubes y de la cantidad de seres que andan mirando ansiosamente para arriba, a lo alto, saludando su advenimiento.

Siento una gran ternura por estos campesinos —nuestros *ryots*—, grandes desvalidos, infantiles hijos de la Providencia, a quienes se les tiene que poner la comida en los labios si queremos que sobrevivan. Cuando los pechos de la Madre Tierra se secan no saben qué hacer y sólo pueden llorar. Pero cuando su hambre está satisfecha, se olvidan de todos los pasados sufrimientos.

No sé si el ideal socialista de una distribución de riquezas más equitativa, es alcanzable; pero si no es así, el don de la Providencia es, en verdad, muy cruel y el hombre un ser realmente desgraciado. Porque si en este mundo ha de existir forzosamente la miseria, así sea; pero que haya algún portillo, algún vislumbre de posibilidad al menos, que quede algo que pueda servir para alentar a la parte más noble de la humanidad a esperar y luchar incesantemente para su alivio.

Dicen cosas horriblemente negras los que aseguran que la división de los productos del mundo, para dar a cada uno un bocado de comida, un poquillo de ropa, es sólo un sueño utópico. ¡Todos estos problemas sociales son verdaderamente duros! El destino ha permitido a la humanidad un cobertor tan lamentablemente mezquino que, al tirar de él para cubrir una parte del mundo, otra parte tiene que quedar al descubierto. En atenuar nuestra pobreza perdemos nuestra riqueza y con esta riqueza que perdemos se nos aleja un mundo fabuloso de belleza y de poder.

Pero el sol sale de nuevo, aunque las nubes están aún hacinadas por Poniente.

SHELIDAH.

11 de Mayo de 1893.

Hay otro placer aquí para mí. Algunas veces algunos de nuestros sencillos y fieles *ryots* vienen a verme. Este homenaje devoto me produce una viva afectación. Más grandes que yo son ellos en la bella sencillez y sinceridad de su reverencia. Y aunque yo sea indigno de su veneración, el sentimiento de ellos no pierde nada de su valor.

Miro a estos hijos crecidos con la misma clase de afecto que tengo para los niños pequeños; pero hay una diferencia. Los niños se harán mayores más tarde, pero estos niños grandes nunca perderán su candor.

Una mansa alma de radiante sencillez brilla a través de sus viejos cuerpos gastados y arrugados. Los niños solamente son inocentes, no tienen la devoción ciega, sin

vacilaciones, de estos hombres primitivos. Si hay alguna oculta corriente a lo largo de la cual las almas de los hombres pueden tener comunicación, unas con otras, entonces mi sincera bendición seguramente les alcanzará y les servirá.

SHELIDAH.

16 de Mayo de 1893.

Me paseo, durante una hora, por la ribera del río, fresco y limpio después de mi baño de la tarde. Entonces entro en la barquilla nueva, anclo a mitad de la corriente y, en una cama, tendida sobre la cubierta de tablas de la popa, me quedo echado, de espaldas y silencioso, en la oscuridad del anochecer. La pequeña S--- está sentada junto a mí y sigue charlando; el cielo se pone más y más salpicado de estrellas.

Cada día me vuelve el mismo pensamiento: ¿Volveré a nacer bajo este cielo granado de estrellas? ¿Volverá alguna vez a ser mío el apacible arrobamiento de tan maravillosas veladas, sobre este callado río de Bengala, en tan apartado rincón del mundo?

Tal vez no. La escena puede cambiarse; es posible que nazca con un entendimiento diferente. Pueden venir muchas noches como éstas, pero también puede que se nieguen a anidar tan confiadamente, tan amorosamente, con tan completo abandono, contra mi pecho.

Mi mayor temor es que pudiera renacer en Europa. Porque allí no puede uno reclinarsé así, con todo su ser abierto arriba, al infinito; me temo que está uno expuesto a llevarse una buena regañina por el mero hecho de tenderse. Probablemente, yo tendría que estar atareándome con energía en alguna fábrica, o Banco, o parlamento. El entendimiento tiene que ser como ocurre con las calles de allí —para el tráfico pesado— que están trazadas geométricamente, mantenidas abiertas sin congestión y bien reguladas.

No sé por qué me parece más de desear este perezoso estado de ánimo reconcentrado y lleno de ensueños y de cielo. No me siento ni un ápice inferior a los hombres más ocupados del mundo, echado aquí en mi barquilla. De todas formas, si me hubiera ceñido las caderas para ser un esforzado, pudiera haber parecido muy endeble comparado con esos pedazos de bloque de roble.

SHELIDAH.

3 de Julio de 1893.

Toda la noche última el viento aulló como un perro perdido y la lluvia aún continúa derramándose sin interrupción. El agua de los campos se precipita en infinitas corrientes rápidas hacia el río. Los *ryots*, chorreando, cruzan el río en el barco que hay en el vado, algunos cubriéndose con *tokas*^[15], otros poniéndose grandes hojas sobre la cabeza. Grandes barcazas de carga pasan deslizándose, el barquero calado sentado al timón y la tripulación tirando de las cuerdas de arrastre en medio de la lluvia. Los pájaros permanecen lúgubrememente confinados en sus nidos, pero los hijos del hombre salen fuera porque, a pesar del tiempo, el trabajo del mundo tiene que seguir.

Dos jóvenes vaqueros están apacentando su ganado justamente enfrente de mi barco. Las vacas corren con gran gusto, sus hocicos hundidos en la yerba fuerte y sus rabos ocupados, incesantemente, en espantar a las moscas. Las gotas de lluvia y los palos de los vaquerillos caen sobre sus espaldas con la misma persistencia irrazonable y ambas cosas son recibidas con igual resignación, desprovistas de espíritu crítico, siguiendo impasibles su rumiarse incesante. Estas vacas tienen ojos tan dulces, afectuosos y melancólicos que yo

tengo que preguntarme, ¿hizo bien la Providencia al imponer toda la carga del trabajo del hombre sobre los hombros sumisos de estas grandes bestias mansas?

El río va subiendo cada día. Lo que sólo podía yo ver, ayer, desde la cubierta más alta, ahora lo veo desde la ventana de mi cabina. Cada mañana me despierto para encontrar que mi campo de visión se ha hecho más grande. No hace mucho tiempo sólo se veían las copas de los árboles, cerca de esas aldeas lejanas, como nubes verdeoscuros. Hoy todo el bosque es visible.

La tierra y el agua se van acercando paulatinamente, como los amantes tímidos. El límite ha sido casi alcanzado; pronto sus respectivos brazos habrán rodeado sus cuellos mutuamente. He de disfrutar de este viaje por el río rebosante, en lo más alto de las lluvias. Estoy ya impaciente por levar anclas.

SHELIDAH.

4 de Julio de 1893.

Un ligero destello de luz de sol se muestra esta mañana. Ayer hubo una interrupción en las lluvias, pero las nubes están amontonadas tan pesadamente por las faldas del cielo que no hay mucha esperanza de que no vuelva a llover. Parece como si una espesa alfombra de nube hubiera sido recojida a un lado y que en cualquier momento una brisa fastidiosa pudiera llegar a tenderla otra vez sobre todo el ámbito, cubriendo el menor rastro de cielo azul y sol dorado.

¡Qué provisión de agua se debe de haber hecho este año en el cielo! El río ya se ha levantado sobre las bajas tierras de *chur*^[16], amenazando destrozar todas las mieses erguidas. Los desdichados *ryots*, desesperados, están cortando y trayéndose a sus barcas manojos de arroz a medio madurar. Al pasar mi barco les oigo lamentarse de su destino. Es fácil comprender cuán desolado debe ser para los labradores, el tener que cortar su arroz en vísperas de madurar, con la única esperanza de que algunas de esas mazorcas hayan podido endurecerse formando el grano.

Tiene que haber algún elemento de piedad en los dones de la Providencia, si no, ¿cómo recibimos nosotros nuestra parte de ella? ¡Pero es tan difícil penetrar en el misterio! Los lamentos de estos centenares de miles de criaturas indefensas parecen que no llegan a ninguna parte. La lluvia sigue derramándose a su antojo, el río continúa subiendo y ninguna clase y cantidad de peticiones parece surtir efecto y traer un alivio de alguna parte. Tiene uno que buscar el consuelo diciendo que todo esto está más allá de la comprensión del hombre. Y, sin embargo, es vitalmente necesario que el hombre comprenda que existen la piedad y la justicia en el mundo.

A pesar de todo, esto no es más que un enfurruñamiento. La razón nos dice que la oración no puede ser nunca perfectamente feliz. Mientras sea incompleta, tiene que soportar la imperfección y el pesar. Sólo puede ser perfecta cuando deje de ser creación y sea sólo Dios. ¿Pero se atreven nuestras oraciones a ir tan lejos? Mientras más lo esperamos, más pronto volvemos al punto de partida. Si no nos podemos oponer al misterio de la vida, es inútil el quejarse de su compañero *el dolor*.

SHAZADPUR.

7 de Julio de 1893.

El correr de la vida en la aldea no es demasiado rápido pero tampoco se estanca. El

trabajo y el descanso van juntos, cojidos de la mano. El barco va de un lado a otro, cada transeúnte con su paraguas; las mujeres lavan arroz en las bandejas de bambú partido que meten en el agua; los *ryots* vienen al mercado con hatos de yute en la cabeza... Dos hombres están dando hachazos a un tronco de madera, con golpes resonantes y regulares. El carpintero de la aldea está remendando un lanchón volcado bajo un gran árbol de *aswatha*. Un perro callejero anda vagando, sin objeto, a lo largo de la ribera del canal. Algunas vacas están echadas allí, rumiando, tras un enorme pastizal de yerba espléndida, moviendo perezosamente sus orejas atrás y adelante; se espantan las moscas con sus rabos y, de vez en cuando, dan una impaciente sacudida de sus cabezas cuando los grajos, posados sobre sus espaldas, se toman demasiadas libertades.

Los monótonos golpes del hacha del leñador o del mazo del carpintero, el salpicar de los remos, las alegres voces de los niños desnudos que juegan, la plañidera melodía del canto de los *ryots*, el sonido más dominador del crujir de las vueltas del molino de aceite; todos estos ruidos de actividad parece que participan de la misma armonía con las hojas murmuradoras y el canto de los pájaros. Todos ellos se combinan como los emocionantes acordes de alguna gran orquesta de ensueño, ejecutando una composición de inmenso aunque contenido patetismo.

SHAZADPUR.

10 de Julio de 1893.

Todo lo que tengo que decir, en cuanto a la discusión que se está sosteniendo sobre los «poetas silenciosos», es que, aunque la fuerza del sentimiento puede ser la misma en los que están callados como en los que hablan, eso no tiene nada que ver con la poesía. La poesía no es asunto de sentimiento; es la creación de la forma.

Sus ideas toman cuerpo por alguna escondida y sutil habilidad en el trabajo, dentro del poeta. Este poder creador es el origen de la poesía. Las percepciones, los sentimientos o el idioma son solamente las materias primas o en bruto. Unos pueden estar dotados de sentimiento, otros de la pureza del lenguaje, un tercero con las dos cosas; pero el que tiene el genio creador sólo es el poeta.

PATISAR.

13 de Agosto de 1893.

Pasando por estos *beels*^[17] a Kaligran, una idea tomó forma en mi cabeza. No es que fuera nuevo el pensamiento, pero algunas veces las mismas ideas le hieren a uno con nuevas fuerzas.

El agua pierde su belleza cuando deja de ser definida por las orillas y se extiende en una monótona vaguedad. En el caso del idioma, el metro hace las veces de riberas y da forma, belleza y carácter. Así como las riberas dan a cada río una personalidad distinta, el ritmo hace de cada poema creación individual; la prosa es como el *beel* impersonal. Las aguas del río tienen movimiento y progreso mientras que las del *beel* engolfan al país sólo con la extensión. Así, a fin de dar fuerza al lenguaje, la ligadura estrecha del metro se hace necesario; de otro modo se extiende y se extiende, pero no progresa en armonía.

La jente del campo llama a estos *beels* «aguas mudas», porque no tienen lengua ni expresión. El río charla incesantemente y así cantan las palabras de un poema; no son «palabras mudas». De esta forma, la ligadura del poema crea la belleza de forma, el

movimiento y la música; dichas ligaduras no sólo dan belleza sino también fuerza.

La poesía se entrega al dominio del metro, no llevada de la costumbre ciega, sino porque así encuentra la alegría del movimiento. Hay algunas personas tontas que creen que el metro es una especie de gimnasia verbal, o juego de manos, cuyo objeto es ganar la admiración de la multitud. Eso no es así. El metro nace como nace la belleza en el universo. La corriente, dentro de ciertos límites bien definidos, da al verso métrico fuerza para mover los pensamientos de los hombres como no puede hacerlo la prosa vaga e indefinida.

Esta idea se me hizo clara al irme deslizado de río a *beel* y de *beel* a río.

PATISAR.

26 (Straven). Agosto de 1893.

Por algún tiempo se me ha estado antojando que el hombre es un producto cortado a pico y la mujer un producto acabado.

Hay una consecuencia no interrumpida en los modales, costumbres, habla y adorno de la mujer. Y la razón es que por muchos siglos la Naturaleza le ha asignado el mismo papel especial y la ha estado adaptando a él. Ningún cataclismo, ninguna revolución política, ninguna alteración del ideal social, ha distraído a la mujer de su peculiar función, ni destruido sus entre-relaciones. Ella ha amado, cuidado y acariciado, y no ha hecho otra cosa; la exquisita habilidad que ha adquirido en estos quehaceres invaden todo su ser y lo que ella hace. Su carácter y su acción se han fundido en uno, inseparablemente, como la flor y su perfume. Ella no tiene, por lo tanto, dudas ni vacilaciones.

Pero el modo de ser del hombre tiene aún muchos huecos y protuberancias; cada una de las variadas circunstancias y fuerzas, que han contribuido a hacerlo, ha dejado su marca sobre él. Es por lo que las facciones de uno muestran una indefinida ostentación de frente, las de otro una irresponsable prominencia de nariz o las de un tercero una dureza inesplicable en las mandíbulas. Si el hombre sólo tuviera el beneficio de la continuidad y de la uniformidad de propósito, la Naturaleza tendría que haber logrado elaborar un molde definido que le permitiera funcionar, sencilla y naturalmente, sin tan denodado esfuerzo, sin complicar de tal modo el código de comportamiento; y estaría menos dispuesto a desviarse de lo normal cuando lo interrumpen influencias de fuera.

La mujer fue formada en el molde de madre. El hombre no tiene semejante diseño primordial por el cual guiarse, y por eso no ha podido elevarse a una perfección igual de belleza.

PATISAR.

19 de Febrero de 1894.

Tenemos dos elefantes que vienen a pacer en esta ribera del río. Me interesan grandemente. Dan al suelo unos cuantos golpecillos con una pata, y, entonces, agarrándose a la yerba con el extremo de sus trompas, arrancan un enorme pedazo de turba, raíces, suelo y todo. Luego sacuden su presa hasta que toda la tierra ha sido sacudida de las raíces; entonces depositan sus hallazgos en la boca y comienzan a masticar lentamente. Algunas veces, el antojo les mueve a aspirar el polvo por sus trompas y luego, con un resoplido, lo riegan sobre todo su cuerpo; esto forma parte del tocado elefantino.

Me encanta ver estas bestias demasiado grandes, con sus vastos cuerpos, su fuerza inmensa, sus lerdas proporciones, su dócil inofensividad. Su mismo tamaño y torpeza me

hacen sentir una especie de ternura por ellos; su mole embarazosa tiene algo de infantil en ella misma. Además, tienen grandes corazones. Cuando se enfadan se ponen temiblemente furiosos, pero cuando se tranquilizan son la paz misma.

La torpeza que se acentúa con el tamaño exagerado no repele sino que atrae.

PATISAR.

27 de Febrero de 1894.

El cielo está a ratos cubierto y luego se limpia nuevamente. Repentinos golpecillos de viento hacen que la barca cruja perezosamente y se queje en todas sus uniones. De esta manera pasa el día suavemente.

En este momento es más de la una. Estoy embebido, en este mediodía campestre, con sus diferentes ruidos —el cua-cua de los patos, el remolino que forman los barcos que pasan, las bañistas chasqueando la ropa que lavan, los lejanos gritos de los ganaderos que llevan sus reses a cruzar por el vado— y es difícil siquiera imaginar la vida rutinaria, de silla y mesa, tan monótonamente triste de Calcuta.

Calcuta es tan decorosamente pesada como una oficina del Gobierno. Cada uno de sus días sale, como las monedas de su fábrica, bien recortados y relucientes. ¡Ah, esos aburridos días mortecinos, tan exactamente iguales de largo, tan decentemente respetables!

Aquí estoy libre y cumplido de los requerimientos de mi círculo y no me siento como una máquina a la que se le ha dado cuerda. Cada día es mío. Y, con tiempo abundante, mis pensamientos caminan por los campos desligados de los lazos de espacio y tiempo. El anochecer va profundizándose sobre la tierra, el cielo y el agua, mientras sigo andando con la cabeza inclinada.

PATISAR.

22 de Marzo de 1894.

Mientras estaba sentado junto a la ventana de mi barco, mirando el río, vi, de repente, a un pájaro raro que pasaba por el agua, hacia la otra orilla, seguido de una gran conmoción. Me di cuenta de que era un ave doméstica que había logrado escapar, a un fatal destino inminente, por una escotilla, saltando por la borda y trataba ahora frenéticamente de llegar al otro lado. No había llegado a la ribera cuando las garras de sus implacables perseguidores cayeron sobre ella y fue traída, de nuevo, en triunfo, cojida por el cuello. Le dije al cocinero que no quería carne alguna para la cena.

En realidad, debo dejar la comida animal. Nos las componemos para comer carne porque no pensamos la cruel y pecadora cosa que hacemos. Hay muchos crímenes. Hay muchos crímenes que son innatos en el hombre; la maldad de los cuales se adjudica a la divergencia del hábito, de la costumbre o de la tradición. Pero la crueldad es sólo crueldad. Es un pecado fundamental que no admite argumentos ni distinciones quintaesenciales. Si no permitimos que nuestro corazón encalezca, la protesta contra la crueldad siempre se oirá claramente. Sin embargo, continuamos perpetrando crueldades fácilmente, alegremente; en realidad, todo el que no se une a esta costumbre jeneral es llamado maniático.

¡Cuán artificial es nuestra apreciación del pecado! Yo siento que el mandamiento más alto es el de la simpatía para todos los seres de sentimiento. El amor es la base de toda religión. Hace unos días leí, en uno de los periódicos ingleses, que 50 000 libras de cuerpos

de animales muertos habían sido enviados a un puesto militar en África; pero al encontrarse, al llegar a su destino, que la carne se había puesto mala, fue devuelto el envío y posteriormente se había subastado, en Portsmouth, por unas cuantas libras. ¡Qué horrorizante despilfarro de vidas! ¡Qué endurecimiento de su verdadero valor! ¡Cuántos seres vivos son sacrificados por agraciarse las fuentes de un banquete y para que luego, una gran parte de ellos, queden intactos en las mesas!

Mientras no somos concientes de nuestra crueldad, podemos no ser culpables; pero si, después de despertar nuestra piedad, persistimos en ahogar nuestros sentimientos, sencillamente para unirnos a los demás en depredación sobre la vida, insultamos a cuanto de bueno hay en nosotros. Yo he decidido, de momento, probar un régimen vegetariano.

PATISAR.

28 de Marzo de 1894.

El clima se está poniendo más bien caliente; pero a mí no me importa gran cosa el calor del sol. El viento caldeado silba por su camino, se detiene, de vez en cuando, en un remolino y se aleja bailando, haciendo jirar su falda de polvo, arena, hojas secas y ramitas.

Esta mañana, sin embargo, hizo mucho frío, casi como una mañana invernal; en realidad no me sentía demasiado entusiasmado a la hora de mi baño. Es difícil explicarse lo que verdaderamente ocurre en este gran sistema llamado la Naturaleza. Alguna oscura causa se presenta, en algún rincón desconocido y, de pronto, las cosas se hacen completamente diferentes.

El entendimiento del hombre funciona en la misma forma misteriosa que la Naturaleza exterior; así me pareció ayer. Una maravillosa alquimia se está obrando en arterias, venas y nervios, en cerebro y médula. El torrente de sangre sigue precipitándose, las cuerdas de los nervios vibran, el músculo del corazón se levanta y cae; las estaciones en el ser del hombre cambian de la una a la otra. ¿Qué clase de brisa soplará mañana? ¿Cuándo y de qué cuadrante? De eso no sabemos nada.

Estoy seguro de que un día me las arreglaré magníficamente; me siento bastante fuerte para saltar por encima de todas las penas y pruebas que obstruyen en el mundo y como si tuviera en el bolsillo un programa impreso para el resto de mi vida, estoy tranquilo.

Al día siguiente hay un viento desagradable, que ha saltado de algún infierno desconocido; el aspecto del cielo es amenazador, y yo comienzo a dudar si nunca podré salvar la tempestad. Solamente porque algo me ha transformado en alguna arteria o fibra de nervio, la fuerza y la inteligencia parecen faltarme.

Este misterio interior me asusta. Me hace tímido al hablar sobre lo que debo o no debo hacer. ¿Por qué estoy sometido a este inmenso misterio que no puedo comprender ni dominar? No sé adónde puede conducirme ni yo conducirlo. No puedo ver lo que ocurre ni tampoco se me consulta sobre lo que va a ocurrir y, sin embargo, tengo que sostener una apariencia de ser el amo y pretender ser el que hace...

Me siento como un piano viviente, con una vasta complicación de maquinaria y de alambres dentro; pero sin medio de poder decir quién es el que toca. Sólo puedo saber lo que se toca, si el tiempo es alegre o triste, cuando las notas son sostenidos o bemoles, el timbre alto o bajo. Pero ¿sé yo verdaderamente eso siquiera?

PATISAR.

30 de Marzo de 1894.

Algunas veces, cuando me doy cuenta de que el viaje de la vida es largo y que los pesares que hay que encontrar son muchos e inevitables, un supremo esfuerzo es necesario para sostener mi fuerza de espíritu. En algunas veladas, sentado yo solo contemplado la llama de la lámpara sobre la mesa, juro que viviré como debe hacerlo un hombre valiente; inmóvil, silencioso, sin queja. La resolución me hincha de orgullo y, por un momento, me tomo por una persona muy valerosa en verdad. Pero en cuanto las espinas del camino atormentan mis pies, me retuerzo y comienzo a sentir serias preocupaciones en cuanto al porvenir. La senda de la vida parece larga, de nuevo, y mi fuerza inadecuada.

Pero esta última conclusión no puede ser la verdadera, porque son estas pequeñas espinas las que son más difíciles de soportar. La casa del pensamiento está muy dispuesta y sólo se gasta lo necesario. Si no se malgasta en pequeñeces, su riqueza de fuerza se ahorrará con avarienta estrechez para afrontar las calamidades realmente grandes. Así que cualquier cantidad de llanto y jemidos sobre las penas menores no logran evocar una respuesta caritativa. Pero cuando la pena es más profunda, no se escatiman esfuerzos. Entonces la corteza de la superficie se agujerea y brota el consuelo, y todas las fuerzas de paciencia y de valor se unen para hacer su deber. De esta manera, un gran sufrimiento trae consigo la facultad de una gran resistencia.

Una parte de la naturaleza del hombre tiene el deseo del placer; hay otra parte que desea sacrificarse. Cuando la primera recibe un desengaño, la última gana fuerza y, al encontrar así más amplio radio, un gran entusiasmo llena el alma. Mientras somos cobardes ante molestias nimias, los grandes pesares nos hacen valientes, despertando nuestra más verdadera virilidad. Y en esta última postura encontramos una alegría ancha y gozosa.

No es una paradoja vacía el decir que hay alegría en el pesar, como es verdad, por otra parte, que hay una displicencia en el placer. No es difícil comprender por qué ha de ser esto así.

SHELIDAH.

24 de Junio de 1894.

Sólo he estado aquí cuatro días, pero, habiendo perdido la cuenta de las horas, parece tanto tiempo que creo que si volviera a Calcuta hoy lo habría de encontrar muy cambiado; como si yo solo hubiera estado parado fuera de la corriente del tiempo, inconciente a los acontecimientos que, paulatinamente, cambian el resto del mundo.

La verdad es que aquí, lejos de Calcuta, vivo en mi propio mundo interior, en donde los relojes no marcan la hora corriente; en donde la duración se mide sólo por la intensidad de los sentimientos; en donde, como el mundo exterior no cuenta los minutos, los momentos se convierten en horas y las horas en momentos. Así me parece que las subdivisiones del tiempo y del espacio son sólo ilusiones mentales. Cada átomo es inconmensurable y cada momento infinito.

Hay un cuento persa que me encantó mucho cuando lo leí de niño; creo que comprendí, aún entonces, algo de la idea espresada entre líneas, aunque era sólo una criatura. Para mostrar el carácter ilusorio del tiempo, un fakir puso un poco de agua mágica en un barreño y le pidió al rey que se diera un chapuzón en la misma. El rey, tan pronto metió la cabeza, en el agua, se encontró en un país extraño, junto al mar, donde vivió muchísimo tiempo pasando por una variedad de acontecimientos y hechos. Se casó, tuvo

hijos; su mujer y sus hijos murieron; perdió su fortuna y, al retorcerse entre aquellos grandes sufrimientos, de repente se encontró de nuevo en la habitación rodeado por sus cortesanos. Al adelantarse para insultar al fakir por sus desgracias, le dijeron: «Pero, señor, ¡sólo acabas de sumergir tu cabeza y de volverla a sacar del agua!».

Toda nuestra vida, con sus placeres y dolores, está del mismo modo encerrada en un momento del tiempo. Por muy larga e intensa que la sintamos mientras dura, en cuanto hemos terminado nuestro chapuzón en el barreño del mundo pensamos cuán ligero y momentáneo sueño ha sido todo lo vivido...

SHELIDAH.

9 de Agosto de 1894.

Hoy vi un pájaro muerto que bajaba flotando en la corriente. La historia de su muerte es fácil de adivinar. Tuvo su nido en algún mango de las inmediaciones de la aldea. Volvió a casa al anochecer, cobijándose en el nido entre otros compañeros de suaves plumas, y descansando en el sueño reconfortante su leve cuerpecillo cansado. De repente, en la oscuridad de la noche, el poderoso Padma se revolcó lijeraente en su cama y la tierra que sustentaba y protegía las raíces del mango fue socavada. El pequeño ser, robado de su nido, despertó por un momento antes de volver a dormirse para siempre.

Cuando estoy en la presencia del terrible misterio de la Naturaleza, la diferencia entre mi persona y los demás seres vivos parece trivial. En las poblaciones, la sociedad humana ocupa un puesto preeminente y se nos presenta grande e importante; es cruelmente dura para la felicidad y la desgracia de otros seres menores cuando se comparan con la nuestra.

En Europa también el hombre es tan complejo y tan dominante que el animal es, casi siempre, solamente un animal para él. Para los indios la idea de la trasmigración del alma del animal al hombre, y del hombre al animal, no parece estraña y por esto de nuestra escritura no ha sido desterrada, como un sentimiento exagerado, la piedad para todos los seres.

Cuando estoy en el campo, en íntimo contacto con la Naturaleza, el indio que hay en mí se yergue con más fuerza y no puedo permanecer fríamente ajeno a la abundante alegría de vida que late dentro del pecho cubierto de plumón de un solo pajarillo.

SHELIDAH.

10 de Agosto de 1894.

Anoche me despertó un zumbido de aguas que se precipitaban —una repentina interrupción alborotada de la corriente del río— debido probablemente al embate de una cascadilla, cosa que ocurre con bastante frecuencia en esta estación. Los pies, sobre el maderamen del barco, se dan cuenta de la existencia de una variedad de fuerzas que trabajan bajo ellos. Lijeros temblores, pequeños balanceos, suaves ondeos y repentinamente sacudidas; todo ello me tiene en contacto permanente con el pulso de la corriente fluidora.

Debió producirse alguna repentina conmoción en la noche para que despidiera a la corriente presurosa. Me levanté y me senté junto a la ventana. Una luz neblinosa hacía que el turbulento río pareciera más revuelto que nunca. El cielo estaba manchado de nubes. El reflejo de una gran estrella, enorme, se estremecía sobre las aguas como si fuera una ardiente desgarradura de dolor. Ambas riberas aparecían vagas con el empañamiento del

sueño y entre ellas estaba esta loca inquietud desvelada que seguía corriendo y corriendo sin pararse a pensar en las consecuencias.

El contemplar una escena como ésta en medio de la noche, le hace a uno sentirse del todo una persona diferente y pensar que la vida a la luz del sol es sólo una ilusión. Después, nuevamente, con la mañana, ese mundo de media noche se despintaba convirtiéndose en país de ensueño y se desvanecía en el aire. Los dos son bien diferentes y, sin embargo, los dos son verdad para el hombre.

El mundo del día me parece como la música europea; sus acordes y cacofonías revolviéndose unos a otros en una gran progresión de armonía. El mundo de la noche, como la música india; pura melodía desligada, grave y penetrante. Aunque su contraste sea tan marcado, las dos nos conmueven profundamente. Este principio de lo opuesto está en la misma raíz de la creación que se encuentra dividida entre el reinado del Rey y el de la Reina; de la Noche y del Día; el Uno y el Vario; el Eterno y el Evolucionador.

Nosotros, los indios, estamos bajo el reino de la Noche. Estamos sumergidos en lo Eterno y en el Uno. Nuestras melodías son para ser cantadas a solas, a sí mismos; nos sacan del mundo cotidiano a la soledad de lo aislado. La música europea es para la multitud que se la lleva, bailando por los montes y los valles de las alegrías y las penas de los hombres.

SHELIDAH.

13 de Agosto de 1894.

Cualquier cosa que yo piense verdaderamente, que yo comprenda verdaderamente, tiene su natural destino en encontrar la expresión verdadera. Hay en mí una fuerza que obra continuamente hacia ese fin, pero que no es sólo mía; invade a todo el universo. Cuando esta fuerza universal se manifiesta dentro de un individuo, está fuera de su alcance dominarla y ella misma obra según su propia naturaleza. En entregar nuestras vidas a su potestad está nuestra más grande alegría. No sólo nos da expresión alegre sino también sensibilidad y amor; esto hace que nuestros sentimientos sean tan nuevos y brillantes en cada caso, tan llenos de maravilla renovada. Cuando mi hija pequeña se me acerca, se funde en el misterio original de alegría que es el universo y mis amantes caricias me son inspiradas como una adoración. Estoy seguro de que todo nuestro amor humano es sólo adoración del Gran Misterio, aunque lo hacemos inconcientemente. De otro modo no tiene sentido.

Como la gravedad universal, que gobierna igualmente lo grande y lo pequeño en el mundo de la materia, esta alegría universal ejerce su atracción en todo nuestro mundo interior y derrota nuestra comprensión cuando intentamos entenderla solamente como una visión parcial. La única explicación racional de encontrar alegría en el hombre y en la Naturaleza, la da el Upanishad:

—Por una alegría nacieron todas las cosas creadas.

SHELIDAH.

19 de Agosto de 1894.

El Vedanta parece ayudar a muchos a libertar sus pensamientos de toda duda en cuanto al Universo y su Primera Causa, pero mis dudas continúan sin resolver.

Es verdad que el Vedanta es más sencillo que la mayoría de las otras teorías. El problema de la Creación y de su creador es más complejo de lo que parece a primera vista;

pero el Vedanta lo ha simplificado, en más de la mitad de su camino, cortando el nudo gordiano y dejando fuera del todo a la Creación.

No hay más que Brahma. Los demás de nosotros es pura imaginación sin fundamento. Es maravilloso cómo la mente humana pudo haber encontrado lugar para semejante pensamiento. Y más maravilloso aún el pensar que la idea no es tan inconsecuente como suena; la verdadera dificultad está más bien en demostrar que cualquier cosa existe.

De todos modos cuando, como ahora, la luna ha salido y, con los ojos medio cerrados, me tiendo bajo ella sobre la cubierta superior, la suave brisa refresca mi cabeza atosigada de problemas. Siento entonces la tierra, las aguas y el cielo en torno; el blando ondear del río; el viandante casual que pasa por la senda de arrastre; la embarcación que, de vez en cuando, se desliza; los árboles más allá de los campos vagos a la luz de la luna; la aldea, soñolienta que se ve más lejana, limitada por las sombras oscuras de sus bosques. Y todo me parece verdaderamente, una ilusión de *Maya*. Sin embargo, estas entrevisiones acojen al pensamiento y al corazón y los arrastran con más verdad que la verdad misma, que es abstracción, y se hace imposible comprender qué clase de salvación puede haber en libertarse uno de ellos.

SHAZADPUR.

5 de Setiembre de 1894.

Me doy cuenta de lo hambriento que estoy de tiempo y de espacio y me sacio de ellos en estas habitaciones en donde reino, como único monarca, con todas las ventanas y puertas de par en par. Aquí el deseo y la facultad de escribir son míos como no lo son en otra parte alguna. El movimiento de la vida exterior me entra en las olas de verdor y, con su luz, perfume y sonido, estimulan mi fantasía hasta llegar a escribir cuentos.

Las tardes tienen un especial hechizo suyo. El resol, el silencio, la soledad, los gritos de los pájaros, —especialmente el estridente chillar de los grajos—, y la deliciosa y descansada abundancia de tiempo; todos estos factores conspiran para que me entregue del todo a la belleza.

Exactamente de mediodías así parecen haberse hecho *Las mil y una noches* —en Damasco, Bujara o Samarcanda— con sus caminos del desierto, sus filas de camellos, jinetes errantes, fuentes de cristal brotando bajo la sombra de los bosques de pluma de las palmas datileras; sus soledades de rosas, sus cantos de ruiseñores, sus vinos de chiraz, sus estrechos callejones de bazares, con alegres toldos en lo alto; los hombres con ropas sueltas y turbantes multicolores, vendiendo nueces, dátiles y melones; sus palacios, fragantes de incienso, con lujosos divanes cubiertos de cojines suntuosamente mullidos, junto a las ventanas; sus Zobedia o Amina o Sufria con blusas vistosamente decoradas, anchos pantalones y zapatillas bordadas de oro, su largo narguile enroscado a sus pies; con eunucos de libreas suntuosas formando guardia, y todas las historias posibles e imposibles de hechos y deseos humanos, y las risas y los jemidos de aquella distante y misteriosa rejión.

Camino de DIGHAPATIAYA.

20 de Setiembre de 1894.

Grandes árboles están de pie en la avenida de agua, sus troncos completamente sumerjidos, sus ramas y follajes inclinados sobre las aguas. Hay barcos atados bajo bosques

sombríos de mango y de bo y la jente se baña a la sombra de ellos. Aquí y allá sobresalen casitas en la corriente, con su cimentación bajo el agua.

Nuestro barco pasa, rumorosamente, por entre las mieses erguidas; llega, de vez en cuando, a lo que fue una alberca que todavía se distingue por sus grupos de lirios de agua y por los pájaros que se lanzan al fondo en persecución de los peces.

El agua ha penetrado en cada sitio posible. Nunca he visto antes una derrota tan completa de la tierra. Un poquitín más y el agua estará dentro de las casitas y sus moradores tendrán que levantar *machans* para seguir viviendo. Las vacas morirán si tienen que continuar así; de pie con el agua hasta la mitad de sus patas. Todas las serpientes han salido de sus agujeros con la crecida y, con otros varios reptiles e insectos sin hogar, tendrán que hacerse amigos de los hombres y refugiarse sobre la paja de sus techos.

La vegetación que se pudre en el agua; basuras de toda clase que nadan por la superficie, niños desnudos con miembros arrugados y vientres hinchados chapoteando por todas partes, mansas y pacientes mujeres espuestas, con sus ropas mojadas, al viento y a la lluvia, jadeando en sus trabajos cotidianos, con las faldas arremangadas, y por encima de todo un espeso sudario de mosquitos revoloteando en la atmósfera malsana; ¡la visión es bien poco grata!

Enfriamientos, fiebres y reúma en cada hogar; los niños enfermos de paludismo, llorando constantemente; nada puede salvarles. ¿Cómo es posible vivir en medio de tanta fealdad, insalubridad, escualidez y abandono? La verdad es que estamos acostumbrados a soportarlo todo con los brazos caídos; las depredaciones de la Naturaleza, la opresión de los dominadores, la presión de nuestros *shastras* a los cuales no tenemos ni una palabra que decir mientras que ellos están moliéndonos eternamente.

Camino de BOALIA.

22 de Setiembre de 1894.

Me produce una sensación estraña el que se me recuerde que sólo han pasado por mi vida treinta y dos otoños; porque mi recuerdo parece haberse retrotraído a la vaguedad del tiempo inmemorial. Cuando mi mundo interior se inunda de luz, como en una mañana de otoño sin nubes, tomo asiento y es como si estuviera sentado en la ventana de algún palacio májico, mirando embelesado a unas escenas de lejano recuerdo, acariciado por suaves brisas cargadas de tenues perfumes del Pasado.

Goethe, en su lecho de muerte, quería «más luz». Si a mí me queda deseo alguno, en semejante momento, este deseo será el de «más espacio»; tengo un amor entrañable a la luz y al espacio. Mucha jente mira con cierta condescendencia a la rejión de Bengala por ser un país llano; pero eso es, precisamente, lo que me hace gozar mucho más de su paisaje. Su cielo, sin obstrucción alguna, está lleno, hasta rebosar, como una copa de amatista, con el sol que descende en el crepúsculo, con la paz del anochecer y con la plenitud dorada del mediodía. Quieto y silencioso, se tiende sobre todo ello sin la menor interrupción u obstáculo.

¿Dónde hay otro país semejante para que lo contemple el ojo o para que lo comprenda el entendimiento?

CALCUTA.

5 de Octubre de 1894.

Mañana es la Fiesta de Durga. Al ir yo ayer hacia la casa de S---s, me fijé que estaban haciendo imágenes en casi todas las casas grandes del camino. Se me ocurrió que durante esos pocos días de Poojahs, viejos y jóvenes, igualmente, se habían hecho niños.

Cuando nos detenemos a pensarlo, vemos que toda preparación para disfrutar está realmente en distraernos con juguetes que no tienen, en sí mismos, ninguna importancia. Desde fuera puede parecer un despilfarro, pero ¿puede ser llamado fútil aquello que levanta semejante ola de sentimiento por todo el país? Hasta la más seca de las personas mundanas es sacada de sus reconcentrados intereses por el empuje de la emoción invasora. Así una vez cada año, viene una época en que todos los entendimientos, en un estado de fusión, están dispuestos para sentir brotar el amor, el afecto y la simpatía. Sus canciones de bienvenida y de adiós a la diosa, en el encuentro con los seres amados; la melodía de las flautas festivas; el cielo límpido es el oro derretido del otoño; todo parece formar parte de un gran salmo de alegría.

Pura alegría es la alegría de los niños. Tienen la facultad de emplear cualquier cosa trivial para crear su mundo, y la muñeca más fea se hace bella con su imaginación, viviendo su vida. El que puede retener esta facultad de ser feliz, después de hacerse mayor, es en realidad el verdadero idealista. Para él las cosas no son solamente visibles al ojo o audibles al oído, sino que son también sensibles al corazón y su estrechez e imperfección se pierden en la alegre música que él mismo provee.

No todo el mundo puede esperar ser un idealista, pero a veces todo un pueblo se acerca a cierto estado de beatitud en tales estaciones de fiesta. Y luego, lo que puede ordinariamente parecer un nuevo juguete, pierde sus limitaciones y se glorifica con una radiante luz ideal.

BOLPUR.

19 de Octubre de 1894.

Conocemos a la jente sólo por una desvaída silueta, es decir, hay en nuestro conocimiento espacios que tenemos que llenar, nosotros mismos, lo mejor que podemos. Así, aun a los que conocemos bien, los tenemos creados casi por completo por nuestra imaginación. Algunas veces las líneas de la figura están tan rotas que incluso faltan los puntos de guía, por lo que una parte del retrato queda oscuramente confusa e incierta. Si, pues, nuestros mejores amigos son solamente trozos de una silueta rota ensartados en el hilo de nuestra imaginación, ¿conocemos, en realidad, a cualquier persona o nos conoce cualquier persona si no es de una manera desencajada? Pero quizá son esos vacíos mismos, en los que la imaginación entra a su gusto, los que nos hacen intimar con ellos; de otra forma, cada uno, seguro de su individualidad inviolada, hubiera resultado inabordable a todos menos a Él que mora dentro de nosotros.

También nuestro propio ser lo conocemos solamente en parte y con esos trozos de material tenemos que cincelar el héroe de la historia de nuestra imaginación. La Providencia, sin duda, ha omitido deliberadamente esos espacios del conocimiento para que podamos ayudar en la propia creación poniendo algo de nuestra imaginación infatigable.

BOLPUR.

31 de Octubre 1894.

El primero de los vientos del norte ha comenzado a soplar hoy, temblorosamente.

Parece como si hubiese habido una visita del recaudador de impuestos en los bosques de Amlaki pues todo está fuera de sí, suspirando, temblando, marchitándose. La cansada impasividad de la luz del sol del mediodía, con su monótono arrullar de palomas en la densa sombra de las ramas de los mangos, parece oscurecer las soñolientas vijilias del día con una angustia como de inminente separación.

El tic-tac del reloj sobre mi mesa y el patear de las ardillas que corretean entrando y saliendo de mi habitación, están en consonancia con todos los demás sonidos del mediodía.

Me divierte observar estas ardillas mansas y de abundante pelo, estriadas en gris y negro, con sus espesas colas, sus centelleantes ojos parecidos a cuentas, y su comportamiento gentil aunque atareadamente práctico. Todo objeto comestible ha de ser puesto fuera del alcance de estas voraces criaturas, en el armario de tela metálica. Así, husmeando con una incorregible impaciencia, se acercan hocicando una y otra vez alrededor del armario, intentando encontrar algún agujero para entrar. Si algún trozo o corteza de pan ha caído en la parte exterior, es seguro que lo encontrarán y, tomándolo entre sus patitas delanteras, lo roen muy hábilmente, volviéndolo una y otra vez para ajustarlo a sus bocas. Con el último movimiento de sus dientes, levantan la cola por encima del lomo y se van corriendo, aunque luego se detienen a mitad de camino, se sientan con sus colas sobre la esterilla de la puesta, se rascan las orejas con las patas traseras, y luego vuelven a entrar.

De este modo, los pequeños sonidos continúan a lo largo de todo el día; dientes royendo, patitas moviéndose y el resonar de objetos de china en los anaqueles.

SHELIDAH.

7 de Diciembre 1894.

Siempre que voy paseando por la arena iluminada de sol, S--- se me acerca jeneralmente para charlar de negocios.

Vino la última tarde; y cuando el silencio se hizo al acabar la charla, fui conciente del universo eterno que estaba ante sí en la luz de la tarde. La charla trivial de una persona había sido suficiente para anular la presencia de una manifestación totalmente penetrante.

Tan pronto como el chorro llegó a su fin, la paz de las estrellas descendió y llenó mi corazón hasta inundarlo. Encontré entonces mi lugar en un rincón del espacio de estos millones de astros radiantes reunidos, en el gran cónclave misterioso de la Existencia.

Tengo que comenzar mi meditación muy temprano, de tal forma que pueda mi mente absorber la tranquilidad exterior antes de que S--- venga con sus agitadas preguntas sobre si la leche me ha sentado bien, y si he terminado ya de repasar el Estado Anual de cuentas.

¡Cuán curiosamente estamos colocados entre lo Eterno y lo Fugaz! Cualquier alusión a los asuntos del estómago suena desesperanzadamente discordante, cuando la mente se está recreando en las cosas del espíritu. Y, sin embargo, el alma y el estómago han estado viviendo siempre juntos. El propio lugar inundado por la luz de la luna es el terreno de mi propiedad, pero la luz de la luna me dice que mi «zamindari»^[18] es una ilusión, y mi zamindari me dice que esta luz de la luna es pura vanalidad. Y en lo que respecta a mí, pobre, quedo aturdido entre las dos.

SHELIDAH.

23 de Febrero de 1895.

Me quedo completamente absorto cuando trato de escribir para la revista Sadhana. Alzo mis ojos ante cada barco que pasa y me quedo mirando al ferry yendo acá y allá. En la ribera, y hundiendo sus hocicos en los yerbajos, una manada de búfalos rumia profiriendo sonidos de satisfacción y espantando las moscas de la espalda con el rabo.

De repente, un desnudo y canijo cachorro humano, aparece en escena, produciendo diversos sonidos; con un palo agujonea a una de las pacientes bestias, que se aparta lanzando miradas de reojo y hozando en montones de hojarasca o yerba diseminados por el camino. La serena bestia se mueve dando pausadamente unos pasos, y aquel diablejo parece sentir que su deber de pastor ha sido cumplido.

Es difícil entrar en el misterio de la mente del pastorcillo. Siempre que una vaca o un búfalo han seleccionado un lugar para su tranquilo y reposado pastar, no puedo adivinar qué propósito se cumplimenta molestándolo, insistiendo hasta que acaba por moverse a algún otro sitio. Supongo que es la superioridad del hombre glorificándose triunfal sobre la poderosa criatura que ha domeñado. De cualquier modo, me gusta ver a estos búfalos entre la jugosa yerba.

Pero esto no es lo que había comenzado a decir. Quería hablarle de cómo la más mínima cosa me distrae actualmente de mi deber para con el Sadhana. En mi última carta (no incluida en esta selección) te hablé de los abejorros que revoloteaban sobre mí en una infructuosa pesquisa hasta llegar a convertirse en un absurdo zumbido de constante asiduidad.

Solían venir todos los días a las 9 o las 10 de la mañana, lanzándose hasta mi mesa, situándose bajo el tablero, o en la ventana, y después revoloteando con sus zumbidos alrededor de mi cabeza.

Fácilmente podría haber pensado que eran espíritus que abandonaron este mundo insatisfechos y que volvían de nuevo a él en forma de abejas, haciéndome una inquisitiva visita al pasar por mi lado. Pero no pienso nada de eso. Estoy seguro que son realmente abejas, conocidas de otro modo, en sánscrito, como chupadoras de miel, o en ocasiones todavía más raras como dobles proboscideos.

SHELIDAH.

16 de Febrero de 1895.

Hemos de vivir cada segundo de nuestra vida en nuestro largo camino, pero cuando se considera en conjunto es algo tan pequeño que dos horas de ininterrumpido pensamiento pueden abarcarlo por completo.

Después de 30 años de estenuante vivir, Shelley pudo solamente suministrar materia para dos volúmenes, de los cuales, además, un considerable espacio está cubierto por la charla de Dowden. Los 30 años de mi vida no llenarían un solo volumen.

¿Qué hacer, entonces, con esta tan reducida vida? La cantidad de espacio ocupado por cada individuo en todo el mundo es a veces reducido de tal forma que una pequeña silla es suficientemente grande para ocultarlo por completo. Después de todo, sólo queda lo suficiente para un pensamiento de dos horas. Unas pocas páginas escritas.

¿Qué despreciable fracción de mis pocas páginas ocuparía este perezoso día? Pero al menos, este pacífico día sobre las desoladas arenas, al lado de este pacífico río, ¿no dejará una áurea y distintiva marca en la distancia de mi eterno pasado y mi eterno futuro?

SHELIDAH.

28 de Febrero de 1895.

Hoy he recibido una carta anónima que comienza:

«Darse uno mismo a los pies de otro es el más verdadero de los presentes».

El escritor nunca me ha visto, pero me conoce por mis escritos, y sigue diciendo:

«No importa que, distante o insignificante, el Sol (Rabi, el nombre del autor, significa Sol) adorador reciba una parte de los rayos solares. Tú eres el poeta del mundo, y aun para mí creo que eres mi propio poeta».

Y aún más en el mismo estilo.

El hombre está tan ansioso de entregar su amor a algún objeto, que termina por enamorarse de su propio ideal. Pero ¿por qué hemos de suponer que la idea es menos cierta que la realidad? Nunca podemos saber con certeza la verdad de la substancia que yace bajo lo que hemos conseguido con los sentidos. ¿Por qué ha de ser la duda mayor en el caso de las ideas que son la creación de la mente?

La madre comprende en su hijo la gran Idea que está en cada hijo, la infabilidad de la cual, no obstante, no es revelada a nadie más. ¿Vamos a decir que lo que tira de la misma vida y alma de la madre es ilusorio, y en cambio lo que deja de inducir al resto de nosotros en la misma extensión, es la verdadera realidad?

Todas las personas son merecedoras de una infinita riqueza de amor, la belleza del alma no conoce límites... pero estoy jeneralizando. Lo que yo quería espresar es que, en un sentido, yo no tengo derecho a aceptar el ofrecimiento del corazón de mi admirador; es decir, para mí, visto dentro de los límites de mi vida cotidiana, tal persona no puede haber tenido estos sentimientos. Pero hay otro sentido por el cual yo soy merecedor de todo esto y hasta de una mayor adoración.

EN EL CAMINO A PABNA.

9 de Julio de 1895.

Me estoy deslizando a través de este tortuoso y pequeño Ichamati, este arroyuelo de la estación de las lluvias. Con sus hileras de pueblecitos a lo largo de sus riberas, sus campos de yute y caña de azúcar, sus rojizos remiendos, sus verdes charcas, es como unas pocas líneas de un poema a menudo repetidas y a menudo disfrutadas. No se puede confiar a la memoria un gran río como el Padma, pero a este corcoveante Ichamati, el flujo de cuyas sílabas está regulado por el ritmo de las lluvias, estoy haciéndole gradualmente mío...

Está oscuro, el cielo se ensombrece con las nubes. Los truenos resuenan y los salvajes casuarina^[19] se doblan al impulso de las tormentosas ráfagas que los cruzan.

Los matorrales parecen tan negros como la tinta. Las pálidas luces del crepúsculo brillan sobre el agua como el heraldo de algún fantástico suceso.

Estoy inclinado sobre mi mesa, escribiendo esta carta. Deseo susurrar en tono bajo, en charla íntima, acompañando a la nocturna sombra.

Pero son sólo deseos como aquellos que a veces frustran el esfuerzo: O bien se complimentan ellos mismos, o no cuajan en absoluto.

SHELIDAH.

14 de Agosto de 1895.

Un aspecto interesante del trabajo es que el individuo tiene que vivirlo en sus alegrías y tristezas personales. Recuerdo un accidente en Shazadpur. Mi criado se retrasó una mañana, y yo estaba realmente disgustado por su tardanza. Se llegó hasta mí, parándose delante de su habitual Salaam, y con una ligera inflexión de voz me explicó que su hija, de 8 años de edad había muerto la pasada noche. Después, con su plumero, empezó a limpiarme la habitación.

Observando el panorama del trabajo, vemos a unos en su oficio, a otros cavando, a otros acarreando vagones, pero, en el interior, muerte, tristezas y desolación, fluyen en una corriente oculta. Si saliesen a la superficie, el trabajo se pararía de repente. Sobre los pesares individuales de la vida interior existe una dura losa, que permite mostrar los deberes con su humana carga, los deberes que nunca se detienen salvo en las paradas señaladas. Esta verdadera crueldad del trabajo demuestra, quizá, la austera consolación del hombre.

KUSHTEA.

5 de Octubre de 1895.

La religión que sólo nos llega de escrituras esternas, nunca se nos hace nuestra; nuestro único lazo con ella es el hábito. Conseguir la religión en el interior es la gran aventura del hombre que dura toda la vida. Debe nacer en el sufrimiento, acompañarnos en nuestra existencia y, después, haya traído o no felicidad al hombre, servirnos de gran satisfacción al final de la jornada.

A veces nos damos cuenta de lo falso que es para nosotros lo que oímos de otros labios, repitiéndolo con los nuestros, mientras el templo de nuestra Verdad se está construyendo en nuestro interior, ladrillo por ladrillo, día a día. No comprendemos el misterio de esta construcción esterna porque vemos nuestras alegrías y nuestros pesares lejos de ellos mismos, en el centro del tiempo que veloz transcurre. Igual que una frase se hace ininteligible si hay que deletrearla palabra por palabra.

Una vez que percibimos la unidad de ese esquema de creación que se está desarrollando en nosotros, comprendemos nuestra relación con el universo. Comprendemos que estamos en el proceso de ser creados al igual que las órbitas del universo; nuestros deseos, nuestros sufrimientos, todo encuentra su adecuado lugar en el «Todo».

No podemos saber exactamente lo que está sucediendo; no conocemos exactamente ni aun una mota de polvo. Pero cuando sentimos el flujo de la vida en nuestro interior, cuando nos hacemos uno con el universo exterior, entonces todos nuestros placeres y dolores se ensartan en una cadena de felicidad. Los hechos —yo soy, yo me muevo, yo crezco— son vistos en toda su inmensidad en relación con el hecho de que todo en el exterior está yendo acorde conmigo, y ni siquiera el más pequeño átomo puede estar en desacuerdo.

La relación de mi alma con esta bella mañana otoñal, es de una gran emoción. Y todo este color, perfume y música, no es sino la expresión exterior de esta comunión. Comunión constante, comprendida o sin comprender, que mantiene mi mente en movimiento. Sólo dentro de esta relación entre mi mundo exterior e interior, consigo la religión que mi capacidad me permite. Y tengo que estudiar las escrituras antes de que realmente pueda hacerlas mías.

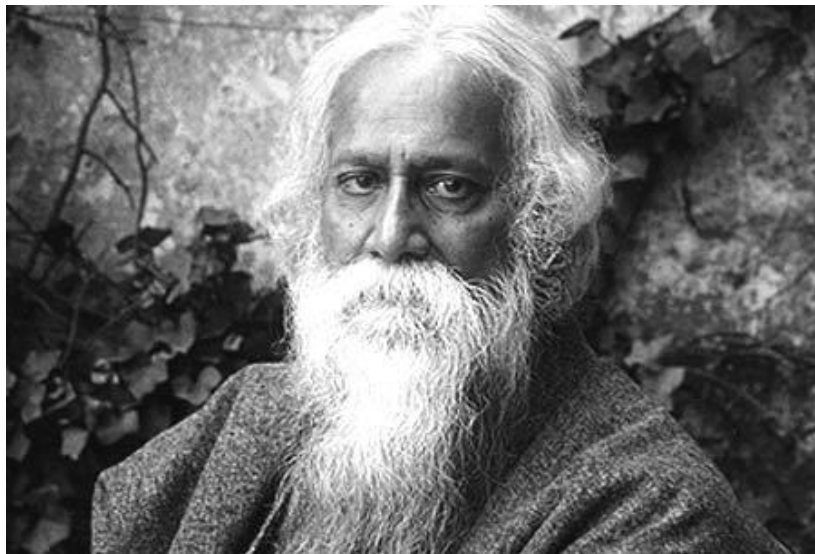
SHELIDAH.

12 de Diciembre de 1895.

La otra tarde estuve leyendo un libro inglés de crítica, lleno de toda clase de discusiones sobre poesía, arte, belleza, etc. Según iba entrando en estas artificiales discusiones, mis facultades, cansadas, parecían vagabundear como por una región vacía.

La noche estaba bien entrada. Cerré el libro y lo dejé sobre la mesa. Después apagué la lámpara con la idea de irme a la cama. A través de las abiertas ventanas, la luna entró de pronto en la habitación. La pequeña luz de la lámpara me había estado iluminando débilmente como a un Mefistófeles; y esa tenue luz había desvanecido la infinita luz de la alegría procedente del amplio amor que es todo el mundo. ¿Qué es lo que había estado buscando en la vaciedad del libro, con aquella luz llenando los cielos, silenciosamente, esperando todo este tiempo?

Si me hubiese ido a la cama dejando las ventanas cerradas, y perdiéndome esta visión, habría permanecido allí, sin proferir protesta alguna contra la lámpara del interior. Aun si hubiera estado ciego toda mi vida, dejando a la lámpara triunfar hasta el final, hasta que me hubiese acostado por última vez, aun entonces la luna habría estado allí, sonriendo dulcemente, imperturbable, esperándome.



RABINDRANATH TAGORE. Calcuta (India), 1861 - Calcuta (India), 1941. Poeta y filósofo indio, premio Nobel, que contribuyó a estrechar el entendimiento mutuo entre las civilizaciones occidental e india.

Su nombre en bengalí es Ravindranatha Thakura y nació en Calcuta en el seno de una familia acomodada, hijo del filósofo Debendranath Tagore. Empezó a escribir poesía de niño y publicó su primer libro a los 17 años. Después de una breve estancia en Inglaterra (1878), donde estudió Derecho, volvió a la India para pronto convertirse en el autor más importante y famoso de la época colonial. Escribió poesía, cuentos, novelas y obras de teatro, y además compuso centenares de canciones populares. En 1929 empezó también a pintar.

Internacionalista decidido y educador, en 1901 fundó en su propiedad bengalí la escuela

Santiniketan, para la enseñanza de una mezcla de filosofías orientales y occidentales, que en 1921 se convertiría en la Universidad Internacional Visva-Bharati. También viajó y dió conferencias por todo el mundo.

Tagore escribió en lengua bengalí. Su obra, muy imaginativa y profundamente religiosa, está impregnada por su amor a la naturaleza y a su tierra. En 1913 se convirtió en el primer no europeo en recibir el Premio Nobel de Literatura y en 1915 el rey Jorge V le nombró caballero, título al que renunció tras la matanza de Amritsar en 1919, cuando las tropas británicas mataron a 400 manifestantes indios.

Muchas de sus obras fueron traducidas al español por Zenobia Camprubí.

Notas

[1] En el rico lógamo del cauce del río, la semilla de arroz se esparce sencillamente y se coje la cosecha cuando se madura; no puede hacerse otra cosa. <<

[2] Especies envueltas en hojas de betel. <<

[3] Una hermana mayor es frecuentemente llamada hermana-joya (*Didimani*). <<

[4] Una Raga, o modo de música clásica India, suponía ser apropiada a la temprana alborada. <<

[5] Julio-Agosto, la estación de las lluvias. <<

[6] Concepto favorito de los viejos poetas sánscritos. <<

[7] Junio-julio, el comienzo de la estación de las lluvias. <<

[8] De la era de Bengala. <<

[9] En el *Meghaduta* (Mensajero de nube) de *Kalidasa* hay una famosa descripción del estallido del Monzón, que comienza con estas palabras: *El primer día de Asarh*. <<

[10] Un viva especial y chillón que dan las mujeres en ocasiones de buen augurio o de fiesta. <<

[11] Libro de poemas de Kalidasa, que es tal vez más conocido a los lectores europeos como autor de *Sakuntala*. <<

[12] Antigua costumbre india según la cual una princesa escoge, entre los rivales pretendientes a su mano, colocando una guirnalda alrededor del cuello de aquel a cuyo amor corresponde. <<

[13] Rathi, su hijo, tenía entonces cinco años. <<

[14] Ceremonia de esponsales. <<

[15] Sombreros cónicos de paja o de bambú partido. <<

[16] Viejo arenal consolidado por el depósito de una capa de suelo cultivable. <<

[17] Algunas veces un riachuelo pasando por un terreno llano de Bengala encuentra una llanura de tierra baja y se vierte en una superficie grande de agua —llamada un beel— de extensión indefinida, que puede variar desde un estanque grande, en la estación seca, a una ría sin orillas durante la época de las lluvias.

Aldeas, que consisten en grupos de chozas edificadas sobre dunas, se destacan en varios puntos como islas, y barcos o grandes recipientes redondos de barro son el único medio de transpone de una aldea a otra.

En donde las aguas cubren zonas cultivadas, el arroz surge, a menudo, desde profundidades considerables, dando a los barcos que navegan entre las aldeas la apariencia de correr sobre un maizal. En otras partes, estos *beels* tienen una flora y fauna peculiar y lirios de agua y de varias clases de aves acuáticas. Como resultado, no parecen ni marismas

ni lagos, sino que tienen un carácter distintivo propio. <<

^[18] Zamndar (India). Propietario de tierras. También, actualmente, una especie de feudo que paga al Gobierno un impuesto fijo. <<

^[19] Árbol del Sur del Pacífico. <<